UN NEGOCIO DE ORO

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

MARCEL GERVIDÓN

ADAPTADA A LA ESCENA ESPAÑOLA POR

Antonio Sotillo y Sinibaldo Gutiérrez

PERSONAJES

GERMANA.-CINTHIA.-EMMA.-DONALD GIBBS. -TIMOTHY GIBBS. - JOHN GIBBS.-PATRICK HUTCHINSON.-EL DOCTOR HAMBURY.-JIM.-SAM.-HALTON.-SEYMUR.-CRIADO

La acción en Nueva York.—Epoca actual (Invierno)

ACTO PRIMERO

El despacho de los secretarios de Patrick Hutchinson, en el Banco Hutchinson de Nueva-York. A la izquierda la mesa de despacho de John muy lujosa. A la derecha la mesa de despacho de Sam, más modesta; telèfono de sobremesa en la de John; y los demás muebles, apropiados y modernos; un despacho de casa poderosa; el salón es una galería acristalada al foro y laterales; a la izquierda segundo término la puerta de entrada; a la derecha en primer término la puerta del despacho de Hutchinson; en segundo término la del despacho de las mecanógrafas; la galería, que da a un jardín, se abre al foro.

(Al levantarse el telón, Jim, el ordenanza, está arreglando el despacho. Entra Sam por la izquierda, sin sombrero ni abrigo.)

SAM.—Buenos días, Jim.

JIM.—(Cariñoso, cordialísimo.) Buenos días, señorito

SAM.—(Señalando a la otra mesa.) ¿No ha venido aún Gibbs?

JIM.—(Que se está dando mucha prisa en acabar la limpieza.) No, señor; todavía no... Y no es extraño... ¡Si tiene que atravesar toda la ciudad para venir al Banco! (Precipitándose a un mueble para cerrar un cajón abierto.) Pero, ya no puede tardar, porque son las nueve. (Vuelve desde la puerta de la izquierda mirando a todas partes.)

SAM.—(Yendo a sentarse a su mesa.) ¿Qué le pasa a usted?

JIM.—Que tengo miedo de que se me olvide algo... Como el señor Gibbs tiene tan mal genio... y es tan exigente... Dice que soy demasiado viejo para ordenanza del despacho... Ya ve usted... ¡Demasiado viejo! ¡Como si yo tuviera la culpa!

SAM.—(Compasivo.) No... Es que está de mal humor desde hace algunos días, pero en el fondo, no es mala persona.

JIM.—(Volviendo a la mesa de John, a limpiar el polvo con el plumero y a ordenar las cosas.) ¡Ah! ¿De modo que usted cree... que no es mala per...?

JOHN.—(Entra por la izquierda con el sombrero puesto, abrigo y guantes.) Pero, ¿qué es esto, Jim? ¿Porqué no está usted en su sitio? (Sin gritos pero en tono duro y terminante.)

JIM.—(Muy asustado, lleno de compasión corre a quitarle el gabán.) Señorito, estaba arreglando aquí...

JOHN.—Y si viene alguien a verme, ¿quién lo recibe ahí fuera? ¡Mucho cuidado, Jim! Ya sabe usted lo que le tengo dicho: al primer descuido a la calle.

JIM.—Sí... señor... sí. Ya lo sé. (Se lleva el abrigo, el sombrero y los guantes de John.)

JOHN.—(A Jim, que ya está en la puerta de la izquierda.) Y acuérdese usted; no se deja entrar a nadie sin que pase tarjeta. A nadie... Como no sean las mujeres que se presentan para la vacante de mecanografía... ¿Ha venido ya el correo?

JIM.—(Precipitándose cargado con todas las ropas de John y señalando a la mesa.) Ahi... lo tiene el señor.

JOHN.—Bien. (Jim vase. John va examinando una por una y febrilmente las cartas que deberán ser muchas, doce o catorce.) Nada... ¡Nada!... ¡Nada!... ¡Pero este hombre!...

SAM.—Buenos días, John.

JOHN.—¡Ah! sí... Perdóneme usted, querido Sam. Estoy muy preocupado. (Tendiéndole la mano y sin cesar de atender al examen de su correspondencia.) Bien, ¿eh?

SAM.—No, señor; tengo un dolor de cabeza...

JOHN.—(Que no le oye, repasando los sobres.) Bien, muy bien... gracias... ¡Esto es inaudito! Hace tres meses lo menos que me escribió mi padre hablándome de ese negocio de las minas de oro...

SAM.—Lo menos tres meses...

JOHN.—Me pedía dinero... se lo envié... Y desde entonces...

SAM.—¿Sigue usted sin saber qué era ese negocio?

JOHN.—Ni una palabra.

SAM.—¿Y le envió usted lo que pedía sin saber si era bueno o malo?...

JOHN.—(Terminante.) ¡No, como ser!... ¡Desde el momento en que mi padre lo emprendía!... Mi padre es un hombre extraordinario, un viejo labrador que no ha salido nunca de su terruño, pero cien veces más listo—no le quepa a usted duda—cien veces más listo que el hombre de negocios más... temible de Nueva York. ¡Si usted lo conociera!... ¿No le he contado a usted cómo hizo su fortuna? La base de su fortuna, claro...

SAM.—No.

JOHN.—Pues es muy gracioso. Mi padre, hace treinta años, vivía el pobre en e Canadá, a doscientas leguas al Norte, de Québec. Un pais, casi salvaje. Era un rincón desierto aquello, entonces, pero ya empezaban a acudir los colonos a comprar tierras. Gentes avisadas que tenían previsto el negocio habían conseguido que les cediera el Gobierno por unos cuantos miles de dollars, enormes extensiones de terreno que, divididas en parcelas, vendían después, para ganar un ciento por ciento. Mi padre no tenía el pobre más que ochenta dollars, por todo capital. Por esa miseria logró que le concedieran la propiedad de un lago...

SAM.—¿Un lago?... ¿Y para qué queria un...?

JOHN.—Eso decía la gente; todos se burlaban de él. ¡Un lago!... ¡Qué imbécil! Bueno... Llegó el invierno... y, naturalmente, el lago se heló, cubriéndose de una firme capa de hielo, sobre la cual se iba amontonando la nieve que allí caía, como caía en las tierras de alrededor. Mi padre clavó estacas y, lo que habían hecho los demás, dividió en parcelas su tierra...

SAM.—(Escandalizado.) ¡Que no era tierra! ¡Que era agua!

JOHN.—(Asintiendo.) ¡Claro! Se presentaron los colonos, que venían de muy lejos, y mi buen padre les vendió todas las parcelas por diez mil dollars, se metió el dinero en el bolsillo... y desapareció. Excuso decirle a usted cuando los compradores volvieron a la primavera, se encontraron... con las estacas que marcaban el límite de sus propiedades flotando en el agua a merced del viento... ¿No es admirable? (Cuenta John la honrada y brillante hazaña de su señor padre con entusiasmo de artista, pero muy en serio.)

SAM.—(Evasivamente.) Sí... ¿Y la justicia no dijo nada? ¿No intervino?

JOHN.—¡Si no había justicia! Se había fugado el Juez el año antes llevándose todo el ganado de sus convecinos. ¡Ah! Mi padre ha hecho en su vida cosas estupendas. Por eso, cuando yo recibí su telegrama: «Negocio mina oro, soberbio. Envíame cuanto antes veinte mil dollars», pensé: «Cuando mi padre que no me ha escrito desde hace tantos años, me envía este telegrama, es porque se trata de algo muy serio. ¡Nuestra fortuna es cosa hecha!...» Y el mundo se me vino encima porque yo...

SAM.—Me acuerdo. Casi lloraba usted de rabia ante la idea de perder el negocio. (Se sienta en el centro entre su mesa y la de John.)

JOHN.—Sí, señor. ¡Ah! Si no llega a ser por usted!... Mire usted, Sam; yo no podré olvidar nunca el momento aquel en que usted me dijo: «Quiero que pruebe usted fortuna. Esos veinte mil dollars, yo los tengo, y se los presto!» ¡Y sin interés!

SAM.—No se trataba de una especulación sino de un favor entre compañeros... Usted hubiera hecho lo mismo por mí...

JOHN.—¿Sin interés?... Francamente... le confieso a usted... (Pausa; cambiando

de tono.) Pero... ¿y si mi padre se ha equivocado? Si el negocio se perdiera o fracasara...

SAM.—(Con la mayor sencillez.) Pues ¿qué le íbamos a hacer? A usted le costaría más trabajo devolverme ese dinero, yo tardaría más tiempo en cobrarlo... y nada más.

JOHN.—¡Qué buen amigo es usted! (Con exaltación creciente.) ¡Querido Sam, si yo llego a hacer fortuna a usted se la debo! No lo olvidaré nunca. ¡Sería un canalla si lo olvidase!... ¡Oh! ¡Hacer fortuna! ¡Mi pesadilla! ¡Mi obsesión! ¡No pienso en otra cosa! ¡La sueño! ¡Es tan imbécil, tan ridículo ser pobre!... Yo tengo millones de ideas, de proyectos... Veo pasar continuamente al alcance de mi mano negocios espléndidos... ¡Y me vuelvo loco dando vueltas y vueltas sin cesar en el mismo círculo! ¡Para ganar dinero hacen falta negocios!... ¡Para emprender negocios hace falta dinero! ¡Y pasan los años y los años sin poder salir de la sima esta, del pozo este en que estoy metido! ¡Y usted me va a sacar!

SAM.—Pero no sé aún... si he hecho bien... o he hecho mal. ¡Es tan peligrosa una ambición tan grande! ¿Quién le dice a usted que no habría de ser más feliz aquí, libre de toda preocupación y de toda responsabilidad?

JOHN.—¡Pero si eso es lo que ambiciono! ¡Vengan preocupaciones! ¡Y riesgos! ¡Manejar capitales, inventar negocios, remover fortunas! ¡Llegar a ser millonario! ¡Y seguir luchando! ¡Siempre!... ¡Eso!...

SAM.—¿Millonario?

JOHN.—¿Por qué no? Los hay que llegaron desde más bajo... (Señalando el despacho de Hutchinson.) Sin ir más lejos, ese.

SAM.—Sí... Es verdad... Pero, francamente, no los envidio... Es un oficio demasiado duro.

JOHN.—No es usted digno de ser americano.

SAM.—¿Qué quiere usted? Hace tan poco tiempo que lo soy. . No hace más que cinco años que llegué de la pobre Irlanda con la pequeña fortuna que me dejaron mis padres. Y no me quejo de mi suerte: no puedo estar mejor aquí. Soy segundo secretario, seré el primero cuando se vaya usted a ocupar más altos destinos... He ahorrado ya algo, casi he triplicado mi capital, y podré retirarme dentro de diez o quince años.

JOHN.—Le compadezco a usted.

SAM.—¿Por qué?

JOHN. –Porque no tiene usted un ideal.

SAM.—Sí, le tengo... pero es otro muy distinto. Mi ideal es una vida tranquila, una vida de trabajo, sí, pero que no dependa de los caprichos de la suerte... Mi ideal...

(Entra Emma por la izquierda, traje de calle modesto, pero elegante.)

EMMA.—Buenos días, señor Gibbs. Buenos días Sam. (Les da la mano.)

SAM.—(Conservando entre las suyas la mano de Emma y continúa la frase.) Mi ideal, el mío, es casarme lo antes posible... ¿verdad, Emma?

EMMA.—(Mirándole cariñosamente.) ¡Lo antes posible!

SAM.—¡Y la rabia que da pensar que faltan aún dos meses! ¡Sesenta días!

EMMA.—¡Sesenta y dos, hijo mío! ¡Sesenta y dos! ¿No ves que diciembre y enero tienen treinta y uno?

SAM.—¡Ay, es verdad!

EMMA.—¿Ves cómo llevo la cuenta mejor que tú? ¿Lo ves?

JOHN.—(Encogiéndose de hombros.) ¡Cuanta necedad!

EMMA.—¿Has oído, Sam? ¡Necedad!

SAM.—(Mirando a John con aire de lástima.) Sí: ¿qué te parece?... ¡Infeliz! ¿Pues no dice que...?

JOHN.—Yo encuentro eso ridículo.

EMMA.—¡Gracias!... (Inclinándose.) por la parte que me...

JOHN.—No, perdone usted... Yo no quiero... Lo que yo quería decir... es que me parece poco serio... (Emma y Sam se ríen.) Bueno, ¿eh? No se burlen ustedes de mí. Cuando hablo con una mujer, no digo más que tonterías... No sé hablar-

les. Me doy cuenta de que no les digo... lo que debía decir... Hay que perdonarme.

EMMA.—No, si le perdonamos a usted; y para demostrárselo, vamos a pedirle Sam y yo que sea usted padrino de nuestra boda, ¿verdad, Sam?

SAM.—Hace mucho tiempo que lo teníamos...

JOHN.—Pero... ¿ha de haber una madrina? ¿Y ha de ir conmigo?

EMMA.—¡Claro!

JOHN.—Pues... lo siento.

(Sam y Emma se ríen. John nunca, como ya se ha advertido, y si no se advierte ahora.)

EMMA.—Bueno; basta ya de conversación. Como ha hecho usted la gracia de despedir a su mecanógrafa, tengo doble trabajo yo; más trabajo que nunca. (A John.) ¿Hay muchas cartas que copiar?

JOHN.—Sí. Las tiene usted separadas en dos paquetes. El de la derecha... (Yendo a acompañarla.) Mejor será que yo se lo indique... (Salen Emma y John por la segunda derecha. Sam está a su mesa trabajando. Se oye a la izquierda el ruido de un altercado; luego el de la caída de un cuerpo, y la puerta de la izquierda se abre violentamente. Sam se pone de pie y entra Timothy Gibbs. Traje de pana pardo, sin chaqueta, polainas de cuero, sombrero de alas anchas; en la mano trae un pequeño lío de ropa y un garrote nudoso, con regatón de acero.)

TIM.—(A Jim que se supone fuera.) ¿Conque no se puede pasar, idiota? ¿Conqu tarjeta, eh? ¿Tarjeta? ¡Ya te enseñaré yo lo que es un ciudadano de la libr América!

SAM.—Pero, señor mío...

TIM.—¿Cómo, «señor mío»? ¡Vamos, hombre! ¿Qué haces? (Abriéndole los brazos.) ¡Ven aquí!

SAM.—Caballero... Me parece que... se equivoca usted...

TIM.—¡Calla! Pues es verdad. (Acercándose para verle mejor.) ¡Usted no es John!

SAM.—No, señor. Lo siento mucho, pero...

TIM.—(Sacudiéndole la mano.) Pues amigo, mil perdones.

SAM.—No, si no hay ofensa ninguna.

TIM.—(Vivamente.) ¡Qué ha de haber, hombre! ¡Qué ha de haber! Al contrario. Es mucha honra para usted que lo tomen por el hijo de Timothy Gibbs. (Dándose una palmada en el pecho. John por la segunda derecha.) ¡Ah! ¡Esta vez si que no hay duda! ¡Es mi John! (Abriéndole los brazos.)

JOHN.—¡Padre! (Abrazándole.) ¡Qué alegría! ¡Qué bien está usted! ¡No ha envejecido ni poco ni mucho! ¿Y mi madre?

TIM.—Tu madre, bien. Se rompió una pierna hace cuatro años... Un brazo el año siguiente... Pero se le compuso todo, y ya está bien.

JOHN.—¿Y mis siete hermanos?

TIM.—¿Cómo siete?... ¡Ah, sí, claro... Tú no sabes... Como hace tanto tiempo que saliste de allí...

JOHN.—¿Ha habido alguna desgracia?

TIM.—No, hijo, gracias a Dios... No es eso. Verás... Como allá en la Nebraska los días son tan largos y hay tiempo para todo... ¿Comprendes? Bueno, en resumen, que tienes cinco hermanos más, hijo mío.

JOHN.—(Tan glacial como siempre.) Lo celebro. ¿Es decir, que somos trece?

SAM.—¡Mal número!

TIM.—(A Sam.) Ya, ya lo habíamos pensado. (A John después de contar con los dedos.) Espera un poco... Eso es... Para Navidad seréis catorce.

SAM.—No está mal.

TIM.—Así somos en el Oeste.

JOHN.—Bien, pero diga usted. ¿Y el negocio?

TIM.—¿Qué negocio?

JOHN.—El negocio de oro de que me hablaba usted... ¿Va bien?

TIM.—¡Naturalmente! Si no fuera por eso no estaría yo aquí.

JOHN.—Le he escrito a usted tres veces. Y usted... sin contestar. ¡Me tenía ya!...

TIM.--No me gusta escribir. Pero voy a explicarte la cosa... Ahora mismo... (Mirando a Sam) En cuanto se vaya este señor. (Sam al decir el otro «en cuanto». . ya se ha puesto de pie.)

JOHN.--(Deteniendo a Sam con un gesto.) Bien, lo malo es que... no puede usted permanecer aquí, padre.

TIM.--¿Por qué?

JOHN.--Porque este es mi despacho, y ese de ahí (Señalando la primera derecha.) el de mi Jefe, el señor Hutchinson.

TIM.--Bueno, ¿y qué?

JOHN.--Pues que nadie puede entrar aquí: es la consigna.

SAM.--Lo extraño es que Jim lo haya dejado pasar.

TIM.--¿Quién es Jim? ¿Ese viejo que estaba ahí fuera? No quería, no... Pero yo le pegué un empellón y fué a parar al otro lado del pasillo. Allí se quedó sentado en el suelo. Somos así en el Oeste.

JOHN.--Está bien, padre; pero como aquí estamos en el Este... si llegase ahora el señor Hutchinson...

SAM.—(Después de mirar su reloj. A John.) No; sí tienen ustedes tiempo antes de que venga.

TIM.—Es igual. Bueno; pues vas a ver porqué te puse aquel telegrama hace tres meses... (Mirando con recelo a Sam. Este se dirige a la puerta de nuevo.)

JOHN.—No, amigo Sam; hágame usted el favor... Padre, mi compañero Sam Royce tiene fortuna y yo no la tengo. El es el que me ha prestado los veinte mil dollars que usted necesitaba.

TIM.—(Contrariado.) ¡Ah! ¿De modo que... somos tres a partir... en el negocio?

JOHN.—No. Sam es un verdadero amigo mío. Ha querido hacerme un favor que no le agradeceré nunca lo bastante y... me prestó ese dinero sin interés.

TIM.—(Supone que no ha oído bien.) A ver, a ver... ¿Cómo está eso? ¿Has dicho «sin interés»?

JOHN.—Sí, señor. (Sam está distraido mirando unos papeles.)

TIM.—(Llevándose el índice a la sien.) Pero, bueno; ¿está loco?

JOHN.—No, señor, no.

TIM.—(Contemplando a Sam con admiración.) Yo he visto cosas estupendas. (Dirigiéndose a él.) Oiga usted, señor mío; acaba usted de asombrar a Timothy Gibbs, y es un hombre, ¿sabe usted? que no se asombra de cualquier cosa. Haga usted el favor de darme la mano.

SAM.—Con mucho gusto.

TIM.—Es usted... es usted...

JOHN.—¡Padre, que estamos perdiendo el tiempo!

TIM.—Es verdad; sí. Vamos al negocio. (A John.) ¿Tú te acuerdas de aquellos terrenos que hay más arriba de la Fuente Vieja? (A Sam.) La Fuente Vieja es una de mis haciendas... unos terrenos incultos que se llaman «Las aliagas», porque allí no crece más que eso. ¡Y gracias! Nunca he podido sacarles provecho ninguno. Aquello valdría todo lo más... todo lo más, unos cinco mil dollars. (Mirando s su hijo.)

JOHN.—¡Cinco mil!...

TIM.—(Sonriendo.) Creía que no te acordabas. Pongamos quinientos.

JOHN.—¡A lo sumo!

TIM.—Bueno; pues aquellos arenales me van a producir, gracias a mi plan, no sé, no sé; pero lo menos... doscientos cincuenta... No, trescientos, trescientos mil dollars, no hay quien me los quite.

JOHN.—¿Trescientos mil dollars?

SAM.—¡Millón y medio de francos!

JOHN —¡Usted se ha vuelto loco!

TIM.—(Con la mayor tranquilidad.) No, hijo mío, no. Tranquilizate. Yo he hecho negocios mucho más difíciles... Pero, este... ¡Quita, hombre!... ¡Si esto es una cosa infantil! Verás: hace algunos meses vinieron por allí unos agentes mineros, a la rebusca de campos de oro. Cuando por alguna parte descubrian indicios de algo, mandaban a unos sabios que lo estudiasen para que dieran informe, una

vez comprobado el filón. Y, claro, al verlos, a mí se me ocurrió la idea: «Bueno, todos estos tíos que llevan tanto cristal delante de los ojos... no hay duda: gente de poca vista». Y entonces fué cuando te puse el telegrama. Con tu dinero... bueno, con el dinero del señor compré todo el oro que pude, enterré unas cuantas pepitas en algunos sitios, arenillas de oro en el cauce de un arroyo y... llegaron mis hombres... Llegaron diciendo que venían a comprar tierras para pastos... Yo puse una cara de infeliz que daba lástima. . y así como el que no quiere la cosa, me los fuí llevando hacia los rincones en donde los tenía preparada la sorpresa. ¡Si hubieras visto qué cara ponían! Estaban amarillos, verdes... de todos colores... Delante de mí no decían nada, claro, pero no hacían más que mirarse unos a otros... Total, que la cosa salió a pedir de boca. Bueno... estaba hecha según arte, no vayas a creer. Yo he sido también minero allá en mi juventud... Y sé de todo...

JOHN.—(Ya interesado. Impaciente.) Sí. pero... luego... que siga usted, siga usted.

TIM.—¡Ah! ¡Pues muy bien! Vinieron los sabios... Tres, ¡y los tres con gafas! Muy mal de ropa. ¡Qué tipos! Ne decían nada tampoco, pero abrían unos ojos... De veras que me llegaron a dar miedo. «¡Si habré puesto demasiado!» pensé. Pero no... ¡Se la tragaron! ¡Vaya si se la tragaron! ¡Habrán dado un informe!... Y eso es todo. ¿Qué te parece?

JOHN.—(Con vehemencia.) ¡Oh! ¡Admirable!

TIM.—(A Sam.) Y usted... ¿no dice nada?

SAM.—(Vacilando.) Sí... no deja de ser ingenioso... pero...

TIM.—¿Pero qué?

SAM.—Se va usted a burlar de mí.

TIM.—No, señor, no.

SAM.—Pues francamente, no me parece eso... muy correcto.

(El padre y el hijo se miran llenos de asombro.)

LOS DOS.—¿Qué?

TIM.—(Irónico.) Hombre, la verdad... No había pensado yo en eso.

JOHN.—Sam tiene unas ideas muy raras, padre.

TIM.—Sí; ya lo veo, ya... Pero eso está bien, muy bien. (A Sam.) Deme usted la mano. ¡Es usted un buen muchacho! Lo que pasa es... (Bajando la voz.) ¿Que tiene usted miedo de perder su dinero, eh?

SAM —No, señor, no. Pero si lo hubiera sabido le hubiera aconsejado a John.

TIM.—Ya no tiene remedio. Ya está hecho.

EMMA.—(Por la segunda derecha. Sale muy decidida con un papel en la mano, y al advertir que hay visita se queda muy parada.) ¡Ay, perdón! (A John.) Es que hay aquí una palabra y unos números que no entiendo.

JOHN.—Sam, ¿quiere usted hacer el favor? (Sam y Emma salen por la segunda derecha. John, más impaciente cada vez, a su padre.) Es decir, que... Hasta ahora, no hay nada positivo. (El viejo afirma.) ¿Tiene usted comprador?

TIM.—(Con la mayor sencillez.) Me parece que sí... Vamos, yo creo... Hace seis días recibí una carta de un señor banquero que me rogaba que viniese a Nueva York y que tuviera la bondad de pasarme... por aquí...

JOHN.—¿Cómo? ¿Por aquí? (Asombrado.)

TIM.—Sí; firmaba la carta Patrick Hutchinson. ¿Le conoces?

JOHN.—¿Mi jefe?

TIM.—Sí. (Pausa.)

JOHN.—¡Mal! ¡Muy mal! ¡No hace usted nada!

TIM.—¿Por qué?

JOHN.—(Consternado.) Porque se trata de un hombre muy listo. No crea usted que se le engaña tan fácilmente.

TIM.—¿Tantos años lleva él engañando a los demás?

JOHN.—No, si no tiene más que unos treinta y cinco...

TIM.—¡Bah! ¡Eso es un lobezno, y yo... soy zorro viejo!

JOHN.—Sí, pero de todas maneras... Vaya usted con pies de plomo.

TIM.—¡Ah! Eso, siempre. A las once me tiene citado.

JOHN.—(Reflexionando.) ¿Usted no le ha visto nunca? (Timothy dice que no con un esto.) ¿Y él no sabe que usted es mi padre?

TIM.—Claro que no.

(Suena primero más lejos y luego cerca, una bocina de automóvil. Luego un timbre.)

JOHN.—(Empujando a su padre hacia el foro.) Es él... Por aquí puede usted salir in que le vea...

TIM.—Pero si yo vengo...

JOHN.—Vale más que no le vea a usted conmigo antes de hacer el negocio... 'odría desconfiar... (Salen por el foro.)

(Patrick entra muy deprisa seguido de Jim, por la izquierda, lleva el sombrero puesto, brigo, guantes. Casi al mismo tiempo Sam por la derecha y John por el foro.)

PAT.—(A Sam.) Los telegramas. (Sam se los entrega abiertos. El tono de Patrick es reve y terminante. Patrick va leyendo los telegramas uno por uno: si no tiene importancia deja en el suelo de donde Jim lo recoge para echarlo en el cesto de los papeles. Los demás se los va entregando a Sam, que los conserva en la mano derecha si el jefe dice «sí» y n la izquierda si dice «no»: si ha dicho «veremos», se lo entrega a John, que lo deja encima e la mesa.) Contestación... No... No... Si... No... ¡Bah! (Lo deja caer en el suelo.) Sí... Veremos... No... ¡Bah! ¡Qué imbécil! (Lo tira.) Sí... Veremos... ¡Otro! (Lo deja aer.) No... Veremos... ¿No hay más?

SAM.—No señor.

PAT.—¿Las cartas?

JOHN.—En su despacho de usted.

PAT.—Está bien. (Le da su sombrero y su abrigo a Jim. A John.) ¿Ya tiene usted ecanógrafa?

JOHN.—Todavía no.

PAT.—(A Sam.) ¿Está ahí la de usted?

SAM.—Sí, señor. (Se dirige a la derecha.) Emma, ¿quiere usted hacer el favor?

PAT.—(A Emma entregándole un fajo de cartas que saca de un bolsillo.) La contesación al margen.

EMMA.—Está bien.

PAT.—Son urgentes. Sobre todo una, que se ha de escribir en francés. Sam e la dictará. (Sam y Emma salen segunda derecha.) ¡Ah! Oiga usted, John... Voy a er si acabo esta mañana un negocio importante. Ponga usted la mayor atención, orque se trata de un gran negocio... Hace un mes tuve noticia de un informe ue suscriben tres sabios de los primeros de Nueva York, indicando la existenia de unas minas de oro en la Nebraska de una riqueza excepcional. Estas minas se encuentran en las tierras de un viejo labrador, que, según parece, es ompletamente idiota, y que además ignora en absoluto el valor de su finca. Se lama Gibbs. (Movimiento de John.) Sí, señor, me acuerdo del apellido, porque es l de usted.

JOHN.—¡Hombre!

PAT.—Sí, es muy común, muy vulgar, en el Oeste de América... Gibbs... Pero l nombre es muy notable... Lo he apuntado para que no se me olvidase... (Después de mirar su carnet.) ¡Ah! sí... Timoty Gibbs... Lo tengo citado a las once y ya e dicho que lo hagan pasar aquí tan pronto como llegue.

JOHN.—¿Aquí, a mi despacho?

PAT.—Sí: es bastante menos lujoso que el mío, y el buen hombre... aquí ha le pedirme mucho menos. Pero antes de verlo yo, quisiera que usted lo preparase... Que le dé usted un jabón...

JOHN.—¿Para qué?

PAT.—Hombre... para lo mismo. Para que nos deje sus tierras lo más barato osible.

JOHN.—Pero vamos a ver... ¿Cuánto puede producir el negocio?

PAT.—¡Millones!

JOHN.—¿Y qué le importa a usted cien dollars más o menos?

PAT.—¡Ay, querido John!... ¡Como se conoce que usted no es artista! Se tra a de un negocio enorme, fabuloso... Mañana todo Nueva York hablará de él... ¿No lo cree usted así?

JOHN.—De seguro.

PAT.—Pues bien... Para tener derecho a decir que Patrick Hutchinson compró las minas de la Nebraska por «trescientos dollars»... yo daría mil, yo daría diez mil, no le quepa a usted duda. Bueno; me coge usted por su cuenta a ese desdichado. Le ofrece usted doscientos o trescientos dollars... lo dejará por quinientos. Y dentro de ocho días hágame usted el favor de decirme a quién se tendrá por el hombre más listo de América.

JOHN.—A usted...

PAT.—¡Pues claro hombre, claro! Aquí traigo un borrador de contrato. Vea usted si no se me ha olvidado nada y lo copia usted mismo.

JOHN.—Bien. (Se dirige a su mesa.)

PAT.—(Volviendo desde la puerta de su despacho.) ¡Ah! Oiga usted, John. Estoy muy contento de sus servicios. Es usted más que un secretario para mí: es usted un compañero de trabajo, inteligente, y sobre todo fiel. Quiero ayudarle a hacer fortuna.

JOHN.—Muchas gracias, señor Hut...

PAT.—¿Tendrá algún dinero ahorrado?

JOHN.—Muy poco.

PAT.—Pues yo quiero que le proporcione a usted un interés colosal. Voy a emitir acciones sobre las minas de oro de la Nebraska a quinientos dollars y le reservo a usted diez.

JOHN.—(Impasible.) Gracias...

PAT.—¿Qué? Pero ¿es que duda usted del negocio?

JOHN.—No, señor, no.

PAT.—¡Pues entonces!... (Llevándole a su mesa.) Se sienta usted ahí y me firma un cheque de cinco mil dollars. (John se sienta y escribe.) Este negocio, querido John, será la base de su fortuna.

JOHN.—(Levantando la cabeza.) Así lo espero.

(Jim por la izquierda con una tarjeta.)

JIM.—Es una señorita que desea...

PAT.— (A John.) Será una de las que vienen. (Tecleando con los dedos y señalando al despacho de las mecanógrafas. Mira la tarjeta.) No... Cinthia. (A Jim.) Que pase a mi despacho. Acompáñela usted a mí...

JIM.—Es que hay allí dos señores esperando...

PAT.—¿Quién?

JIM.—Los señores Blackson.

PAT.—¡Ah! Bueno: entonces que pase aquí. (Jim vase. A John.) ¿Quiere usted dejarme un momento? (John va a salir.) Pero vamos a ver, ¿y ese cheque?

JOHN.—¡Ah, es verdad: se me olvidaba! (Lo recoje y se lo da. Vase por la segunda derecha.)

(Cinthia y Seymur por la izquierda. Los dos visten con elegancia extremada. Son dos figurines. Ella sobre todo, exageradísima desde el sombrero hasta los zapatos «dernier crit».)

CIN.—(Entra muy de prisa, habla muy de prisa.) ¿Tiene usted un momento...? (Se dan la mano.)

PAT.—Sí, acabo de ver la correspondencia urgente y... (Se detiene mirando a Seymur.)

CIN.—¡Ay! Es verdad que ustedes no se conocen: el señor Seymur, el señor Hutchinson. (Los dos hombres se dan la mano.) El señor Seymur; es mi profesor de «golf». Es el campeón de «golf» de la Pensilvania y del Estado de Nueva York. (Patrick y el otro se vuelven a dar la mano.) Vengo a pedirle a usted un favor.

PAT.—Usted dirá. (Se sienta en el sillón de Sam y Cinthia cerca de él. Seymur se queda de pie.)

CIN.—Acabo de heredar unos cuantos miles de dollars... (A Seymur.) Puede usted sentarse, señor Seymur. (Seymur se sienta solo, a la izquierda, frente al público y se queda inmóvil.) Y esta herencia quisiera yo emplearla en valores seguros que produjeran el mayor interés posible. ¿Quiere usted encargarse del asunto?

PAT.—Conformes.

CIN.—Gracias. (Poniéndose de pie.)

PAT.—Un momento. Hoy tengo disponibles algunos minutos y como es tan raro que pueda hablar con usted dos palabras...

CIN.—Es verdad. No tengo tiempo para nada. Ayer hice dieciseis visitas, tuve que ir a cinco tes, ver cuatro exposiciones y dar seis pésames; por la noche un banquete, dos estrenos y catorce bailes.

PAT.—¿No tendría usted tiempo para pensar en mí?

CIN.—Sí: algunos segundos. Me acordé de usted, porque al encontrar a varios de mis antiguos «flirts», los comparé con usted y sigue usted llevándolos en mi concepto una inmensa ventaja.

PAT.—De modo que... ¿puedo esperar?... (Se detiene mirando a Seymur.)

CIN.—¿Qué? ¡Ah! Diga usted lo que quiera. El señor Seymur es noruego y no entiende una palabra de lo que hablamos.

PAT.—¿Está convenido que se casará usted conmigo, Cinthia?

CIN.—Convenido, Patrick.

PAT.—¿Cuándo?

CIN.—Ya saye usted lo que le tengo dicho. Yo soy la mujer de moda en Nueva York. Si dejara de serlo, ¿qué me quedaría? Nada. Menos que nada. Me moriría de vergüenza. Quiero seguir siendo la mujer de moda. Para eso necesito una gran fortuna, una inmensa fortuna... ¿No es esa su opinión de usted?

PAT.—Esa es mi opinión.

CIN.—He reflexionado, he calculado mucho... Yo no puedo casarme más que con un archimillonario. ¿Lo es usted ya?

PAT.—Todavía no, pero lo seré muy pronto, gracias a un negocio que voy a terminar hoy mismo.

CIN.—Dese usted prisa. Porque yo le quiero, Patrick.

PAT.—Y yo a usted, mucho. (Besándole la mano con gran entusiasmo a cada palabra.) Mucho... Mucho...

CIN.—(En voz baja.) ¡Hombre, por Dios! El señor Seymur no entiende lo que oye, pero ver sí ve.

PAT.—La quiero a usted mucho, Chinthia...

CIN.—Y yo a usted, Patrick. Pero si otro de mis antiguos «flirts» llegase antes que usted a ofrecerme la fortuna que necesito... no tendría más remedio que casarme con él. Lo sentiría mucho, pero no tendría más remedio... ¿No es esa su opinión?

PAT.—Esa es mi opinión.

CIN.—Siempre de acuerdo. Y ahora le dejo a usted... Es preciso que trabaje usted mucho para... (Tendiéndole la mano.)

PAT.—Para... (Estrechándosela.)

CIN.—Llegar a ser pronto archimillonario. (Se dirige a la puerta sin que Seymur dé cuenta de que le dejan solo.)

PAT.—¡Ah! Es verdad, sí.

CIN.—Volveré antes de ocho días para eso de la herencia... Que piense usted mucho en mí, y sobre todo que trabaje usted mucho. Adiós, Patrick. (Vase.)

PAT.—Adiós, Cinthia. (A Seymur que sigue inmóvil.) Caballero, celebro mucho el honor...

CIN.—(Desde fuera.) Pero vamos, Seymur... ¿Qué hace usted? (Seymur sale precipitadamente.)

PAT.—(Se dirige a su despacho y entra diciendo.) Ustedes me perdonarán... Un asunto de la mayor importancia...

(Por la izquierda Jim con Germana.)

JIM.—(Desde dentro.) Pase usted por aquí. Señorito, es... (Mirando.) No hay nadie. Tendrá usted que esperar un momento.

GER.—¿Quiere usted decir al señor Hutchinson que vengo a solicitar la plaza vacante?...

JIM.—¿Al señor Hutchinson? ¿Que le diga yo al señor Hutchinson?...

GER.—O a su secretario, es lo mismo.

JIM.—¿Al señor secretario? Menos aún.

GER.—¿Le tiene usted mucho miedo, según parece? ¿Tan mala persona es?

JIM.—No... Tiene mal geino, eso sí, un pronto muy fuerte, pero nada más. Cuando se enfada, pone la cara muy fosca y da cuatro gritos. Pero no es capaz de echarme a la calle... Porque sabe que si me despidiera de aquí no me podría colocar en otro despacho... ¡Soy tan viejo ya!... ¿Y qué iba a ser entonces de mis pobres hijas?

GER.—¿No tiene usted más que hijas?

JIM.—Nada más. Cuatro. La más pequeña se parece mucho a usted. Sí, señora, sí... mucho. Se llama Gladys.

GER.—¿No va a trabajar aún?

JIM.—No, señora, no. ¡Si es una niña todavía! Figúrese usted... doce años. ¡Tiempo le queda para sufrir! Mientras que yo pueda trabajar... no dejaré que se maten ellas...

GER.—(Aparte.) ¡Pobre hombre! (Alto.) Pero le estoy haciendo a usted perder el tiempo... Hágame usted el favor... (Abriendo su portamonedas.)

JIM.—¿Qué va usted a hacer, señorita?... De ningún modo. Nos está prohibido.

GER.—(Queriéndole dar una moneda de plata.) Es para que le compre usted a Gladys una cinta para...

JIM.—(Compasivo.) No, señora, no. Pero le agradezco su delicadeza con toda el alma... Se lo contaré a Gladys, y ella se pondrá muy contenta... No, no hay muchas personas como usted en este maldito Nueva York. (Se va. John por segunda derecha se dirige a su mesa.)

GER.—¿El señor Hutchinson?

JOHN.—No; se equivoca usted. Yo soy el señor...

GER.—¡Ah! Perdóneme usted...

JOHN.—¿Deseaba usted verle?...

GER.—Sí, señor. He leido que hace falta una mecanógrafa...

JOHN.—¡Ah! Sí, sí. Haga usted el favor de esperarse un momento. (Se pone a repasar unos papeles, que saca de la carpeta como buscando alguno con mucha prisa. Pausa.)

GER.—Perdóneme usted... (John no la oye.) Perdóneme usted... (John levanta la cabeza.) No quisiera molestarle, pero...

JOHN.—Diga usted...

GER.—Yo desearía... Si tuviera usted la bondad de decirme qué clase de persona es el señor Hutchinson antes de presentarme a él...

JOHN.—¡Oh! Es un hombre admirable.

GER.—¿Bueno? ¿Simpático?

JOHN.—(Severamente) ¿Qué tiene que ver eso con lo que usted me pregunta? Yo hablaba de cosas más serias... Patrick Hutchinson hace veinte años era limpiabotas. Hoy es uno de los dos o tres primeros banqueros de Nueva York. Mañana será uno de los hombres más ricos del mundo. Y todo eso lo ha conseguido por el solo esfuerzo de su talento y de su voluntad. Por eso dije que era un hombre admirable.

GER.—¿Porque gana mucho dinero?

JOHN.—Claro. (Sigue revolviendo papeles.) Además, la persona del señor Hutchinson no le importa a usted nada, porque soy yo el que necesita una mecanógrafa; yo, no él... (Ha encontrado el papel que buscaba y se dirige a la puerta del despacho de su jefe. Desaparece un momento y vuelve a salir, yendo a sentarse.) ¿De modo que solicita usted?.. .

GER.—Sí, señor

JOHN.—¿Trae usted certificado de alguna otra casa?

GER.—(Saca unos papeles y se los entrega.) Sí, señor. (Mirando a todas partes.)

JOHN.—Veamos... ¿Qué busca usted?

GER.—He venido a pie desde mi casa... y vivo muy lejos.

JOHN.—¡Ah! ¿Quiere usted sentarse? Pues siéntese usted. (Mirando los papeles.) ¿Lesage?

GER.—Germana Lesage, sí, señor.

JOHN.—Lo siento. No me gustan las francesas. (Germana de pie.) ¿A donde va usted?

GER.—Creí que me despedía usted ya.

JOHN.—No, señor... ¿Es usted susceptible?

GER.—En algunos casos, sí.

JOHN.—No me gustan las personas susceptibles. Es un defecto.

GER.—Algunas veces. Otras, es una buena cualidad.

JOHN.—Siéntese usted. ¡Ah! ¿Conoce usted varios idiomas?

GER.—Sí, señor.

JOHN.—¿Cuáles?

GER.—Italiano, alemán... y el inglés y el francés, naturalmente.

JOHN.—¡Ah! ¿Italiano y alemán? (Presentándole un papel.) Aquí tiene usted una carta en alemán. ¿Quiere usted hacer el favor de...?

GER.—(Leyendo.) «Muy señor mío: confirmamos nuestra última del diez, rogándole se sirva depositar en el Banco Schuman la cantidad de...»

JOHN.—(Recogiéndole la carta y entregándole otra.) Está bien. Aquí tiene usted otra en italiano.

GER.—«Muy señor mío: antes de mi regreso a Génova, le quedaría a usted muy agradecido si tuviera...»

JOHN.—Muy bien...

GER.-Ya ve usted... cómo se puede ser francesa y saber algunas cosas útiles.

JOHN.—(Severamente.) He dicho que no me gustan las francesas, porque suelen ser coquetas, y solo piensan en el amor, y en otras tonterías por el estilo, en vez de trabajar. Usted misma, señorita Lesage, es coqueta. Acaba usted de sonreirme de un modo insinuante. Y debo advertirle que aquí va usted a perder el tiempo; las mujeres que trabajan a mis órdenes, para mí, como si no fueran mujeres.

GER.—No sabe usted cuánto celebro la noticia, por si he de quedarme yo.

JOHN.—(De pie.) ¿Eso es una ironía? Si lo es, dígalo usted, dígalo.

GER.—(Poniéndose también de pie.) Sí, señor...

JOHN.—(Paseándose a lo largo del despacho.) Pues tampoco nos hace gracia eso de la ironía aquí, en América. Nosotros no tenemos «esprit». No, señora, no lo tenemos. Esos son defectos franceses... Ganas de perder el tiempo (Al pasar por cerca de un mueble, ve un paquete hecho con papel de estraza y lo abre. Es medio panecillo, restos del almuerzo de Jim.) ¿Qué es esto? ¡Oh! ¡Qué asco de hombre! No sabe ya lo que hace. (Llama en un timbre.) ¡No sirve para nada!

JIM.—¿Llama el señor?

JOHN.—¿Quiere usted decirme qué es esto?

JIM.—¡Ay, señorito, perdóneme usted!... Eso...

JOHN.—¿Es decir que viene usted a almorzar a mi despacho? ¿No hay otro sitio en la casa? ¿No puede usted comer ahí fuera?

JIM.—Sí, señor, sí... Pero, es que por la mañana... como ha de estar todo abierto, para que se ventile... hasta que lleguen los señores... hacía mucho frío en el...

JOHN.—Bueno, basta...

JIM.—Pero no lo volveré a hacer señorito... Ha sido...

JOHN.—¡Claro que no lo volverá usted a hacer!... No faltaba más. Como que ahora mismo se va usted a la calle.

JIM.—¿Yo? ¿Por una cosa tan pequeña? ¡Por Dios, señorito!... Yo no tengo la culpa de que el señorito esté de mal humor.

JOHN.—En la caja le darán a usted la cuenta...

JIM.—¡Señorito, por Dios!... ¡Pero si soy tan viejo!... ¿A dónde voy a ir? ¿Y mis pobres hijas?... ¿Qué será de mis...?

JOHN.—No acostumbro a repetir una orden.

JIM.—Pero, señor, si yo...

JOHN.—¡Basta!

GER.—(Intercediendo.) ¡Pobre hombre! Por esta vez...

JOHN.—(A los dos.) He dicho que basta. (Vase Jim, llorando.) Y vamos ahora a terminar el asunto de usted...

GER.—Es inútil.

JOHN.—No señora, no, al contrario. Si no me pareció mal su contestación de

antes... No me gustan las personas resignadas. Además es usted inteligente, y me conviene. Puedo ofrecerle a usted...

GER.—No, señor, no; es inútil.

JOHN.—Pues no lo entiendo, francamente. No lo entiendo. Viene usted desde la otra parte de Nueva York—usted misma lo ha dicho—a pedirme una plaza... Yo se la voy a dar y se le ocurre a usted poner inconvenientes, cuando no sabe todavía las condiciones... Repito que me conviene usted...

GER.—(Con la mayor dulzura.) Pero es que falta saber si usted me conviene a mí.

JOHN.—¡Ah! ¿Eso falta saber?

GER.—Sí, señor, falta eso.

JOHN.—Y a eso, ¿qué dice usted?

GER.—Digo que no.

JOHN.—(Furioso.) Oiga usted, señorita...

GER.—(Con su calma de siempre.) Diga usted, caballero.

JOHN.—(Dominándose con gran esfuerzo.) Y... ¿puedo saber porqué no... tengo ese honor?

GER.—¿Para qué?

JON.—Quiero saberlo.

GER.—Hace usted mal.

JOHN.—No importa, diga usted...

GER.—Pues bien: me ofendió primero el tono conque me hablaba usted; me acaba de indignar ahora lo que ha hecho usted con ese pobre viejo.

JOHN.—(Señalando a la puerta.) ¿Jim?

GER.—No sé cómo se llama.

JOHN.—¡Ah! ¿Pero es que no le conoce usted?... ¿Y entonces porqué le defiende? (Muy sorprendido.)

GER.—Porque es un infeliz, porque es débil y usted es fuerte, y el deber de los fuertes es ayudar a los que no lo son...

JOHN.—(Irónico.) ¡Ah! Vamos... ya... ¿Es usted socialista?

GER.—No lo sé. No entiendo de esas cosas. Pero si se llama socialista al que tiene piedad de los humildes y de los viejos, sí, señor, lo soy.

JOHN.—(A media voz.) ¡Bien... muy bien! ¡Más hermosa cuando se indigna!

GER.—¿Qué?...

JOHN.—Iba a decir...

GER.—¡Yo digo que si un inferior es digno de respeto, merece doble respeto cuando es mujer!

JOHN.—(Se queda estupefacto contemplándola. Pausa.) ¡Nada! ¡Que la entiendo a usted menos cada vez! Antes se ofendió usted porque le dije que no le iba a hacer el amor, y ahora por un elogio que no tiene...

GER.—Cuando una mujer se encuentra en mi situación, es tan indiscreta una grosería, como un elogio

JOHN.—Ya... Ya voy viendo que resulta difícil tratar con usted.

GER.—Para usted es muy difícil, y por eso precisamente es por lo que no quiero quedarme aquí.

JOHN.—Está bien: haga usted lo que guste... (Germana recoge sus papeles y los guarda en su cartera nerviosamente, mientras John sigue paseándose de arriba a abajo, esperando que termine. Se ve que Germana hace grandes esfuerzos para no echarse a llorar, saca su pañuelo, se enjuga los ojos, luego se dirige ya con resolución a la puerta, pero antes de llegar se detiene vacilante. John ha seguido todos sus movimientos.) ¿Qué tiene usted?

GER.—Nada. Ya pasó. (Se sienta; parece que ha logrado vencer su emoción, pero de repente, sin poder contenerse, rompe a llorar.)

JOHN.—¡No llore usted! Me lo estaba temiendo. No llore usted. No puedo ver que lloren delante de mí.

GER.—¡Déjeme usted!... ¡Déjeme usted sola un momento! Si no estuviera usted aquí, no lloraría.

JOHN.—Pero no dirá usted que tengo yo la culpa...

GER.—Sí... usted la tiene... Me ha recibido usted con una dureza, con una crueldad... Yo tengo derecho a un poco de compasión, y además la necesito.

JOHN.—(Dulcificando su tono.) La he recibido a usted como recibo a todo el mundo... A los hombres y a las mujeres; a las mujeres sobre todo, porque no sé hablarles. Pero no crea usted que soy un monstruo por eso... No sé qué decir ni qué hacer... Me trastorna, me descompone...

GER.—(Un poco más tranquila.) Perdóneme usted. Es que ha podido más que yo el desaliento. A usted le parecerá esto ridículo. Pero estoy sola en Nueva York, sin familia, sin amigos. Llegué hace dos meses, necesito ganarme el pan, y en todas partes lo mismo... Siempre la misma... brutali... (Conteniéndose.) Es el tercer empleo que se me niega en dos días...

JOHN.—Es que también tiene usted una manera de pedirlos...

GER.—Sí, soy demasiado orgullosa. Ya me lo han dicho muchas veces... Procuraré corregirme...

JOHN.—Me parece que no.

GER.—¿Le he dicho a usted cosas desagradables, verdad?

JOHN.—(Asintiendo.) Varias.

GER.—Perdóneme usted.

JOHN.—Sí... Desde luego... (Reflexionando.) Pero... no crea usted... hay algunas en que puede que tenga usted razón. En lo de Jim, por ejemplo... Ahora... vamos... creo yo que no ha sido tan grave la falta. ¡No... no lo despido!

GER.—(Muy contenta.) ¿Ve usted? ¡Eso está bien! ¡Eso!... (Y se dirige a tenderle la mano; a mitad del camino se detiene de repente, como si se hubiera arrepentido; luego, decidida, llega a él y estrecha su mano.) ¡Ay!... Tiene usted razón: soy incorregible...

JOHN.—No, es usted un carácter. Y eso me gusta....

GER.—Puede que yo también... le haya juzgado a usted mal, así... de primera impresión...

JOHN.—Nos juzga usted mal a todos. Y no es extraño, no. Viene usted de Europa con sus ideas caballerescas y galantes. Y creía usted que por ser mujer, en cuanto llegase, todas las puertas de par en par, y todo el mundo... (Inclinándose.) ¡Cuánto va usted a sufrir!

GER.—Ya comencé. La vida es muy dura en su tierra de ustedes.

JOHN.—¿A qué se dedica usted? ¿A qué se dedicaba?

GER.—Doy lecciones.

JOHN.—¿Tiene usted muchas?

GER.—Una.

JOHN.—¿No le sobrará a usted el dinero? A mí tampoco. Pero alguno tengo. Podríamos... (Germana levanta la cabeza vivamente.) Quiero decir que podría prestarle lo que necesite, con un interés muy módico.

GER.—¿Con un interés...? (De nuevo alarmada.)

JOHN.—Aquí, yo saco el ocho y el diez por ciento. A usted se lo daría al cinco... (Germana se echa a reir.) ¿De qué se ríe usted?

GER.—No, de nada.

JOHN.—Sí, dígalo usted; dígalo francamente.

GER.—(Sin dejar de reirse.) Esa idea del préstamo... con un interés muy módico.... ¡Y yo que me había ofendido creyendo...!

JOHN.—La galantería siempre... ¡Qué francesa es usted! ¡Es una raza tan distinta de la nuestra!

GER.—Es verdad, sí; por eso me asusto... Pero usted tendrá que trabajar, y yo le estoy...

JONH—Si, tengo mucho trabajo, pero puede usted... puede usted quedarse todavia un momento para que dejemos convenido...

GER.—No, señor, muchas gracias. Es ya muy tarde, y tengo que ver aún si puedo...

JOHN.—¿Pero, decididamente no quiere usted quedarse aquí? Hace usted mal. Tendría usted unos compañeros excelentes, como no los encontrará en todas partes. Mire usted... (Señalando a la otra mesa.) Sam, un buen muchacho, que no es un águila para los negocios, pero tiene un gran corazón... Emma, su novia, una irlandesa, una extranjera como usted. Y con ellos ha de trabajar, porque a mí apenas si me verá unos minutos al día... No le digo a usted que vaya a ser

feliz en esta casa, pero mejor que en otra parte sí que ha de estar... Vamos, ¿quiere usted venir desde mañana?

GER.—Sí, señor. (Después de vacilar.)

JOHN.—De modo que ¿conformes?

GER.—Conformes.

JOHN.—Tiene usted cien dollars mensuales.

GER.—Bien. ¿A qué hora he de venir?

JOHN.—A las nueve.

GER.—Pues, entonces, hasta mañana. Y gracias. (Se dan la mano y Germana sale por la izquierda, John la sigue con la mirada, desde la puerta, hasta que desaparece.)

JOHN.—¡Estas francesas...!

JIM.—(Entra muy contento.) Muchas gracias... Ya me ha dicho la señorita que me perdona usted...

JOHN.—No, las gracias a ella; a ella se lo debe usted. Vaya con Dios.

JIM.—Señorito, ahí está ese labrador que vino antes. Dice que...

JOHN.—Bien. Que pase. (Jim vase.)

JIM.—(Dentro.) Puede usted pasar. Oiga... Que puede usted pasar. (Jim y detrás Timothy.)

TIM.—Buenos días. ¿El señor Hutchinson?

JOHN.- Haga usted el favor de sentarse un momento, que ahora mismo saldrá.

TIM.—Es que ya he venido dos veces y estoy perdiendo la mañana... (Jim vase.) Bueno, ¿qué? ¿Cómo va el negocio? (Cambiando de tono, y vivamente en cuanto ve que los han dejado solos.)

JOHN.—Admirablemente. (Señalando al despacho de Patrick.) Habla ya de una emisión de acciones sobre las minas de oro de la Nebraska.

TIM.—Está bien.

JOHN.—Sí, pero lo triste es que ya me ha obligado a mí a quedarme con acciones de esas...

TIM.—(Muy serio.) Es gracioso.

JOHN.—Muy gracioso, si le sale a usted bien...

TIM.—¡Ah! Eso... claro. ¿Y de mí que te ha dicho?

JOHN.—Pues... que se trata de un viejo aldeano completamente idiota.

TIM.—Está bien.

JOHN.—Me ha encargado que le prepare a usted.

TIM.—¿Para qué?

JOHN.—Para sacarle los terrenos lo más barato posible.

TIM.—¡Ah! vamos, ya.

JOHN.—Dice que le va a ofrecer doscientos dollars y que usted lo dejará por trescientos.

TIM.—Sí... Está bien.

JOHN —Me ha hecho sacar dos copias del acta de venta...

TIM.—A ver. (Mira el papel rápidamente como buscando algo.) Está bien.

JOHN.—Diga usted. ¿Y no es posible que a la justicia se le ocurriera investigar?...

TIM.—¿La justicia?... ¿A santo de qué?

JOHN.—Pues, hombre, la verdad... Eso de los campos de oro... que no son tales...

TIM.—Bueno. ¡A ver si el aldeano completamente idiota eres tú! Pero, ¿quién me ha dicho a mí una palabra de campos de oro? ¿Cuándo hablé yo de semejante cosa en mi vida? ¿Los nombra él, ni por casualidad, en ese contrato? ¡Pues entonces! Aquí no hay más si no que a un buen señor se le antoja comprarme unas tierras. Y yo se las vendo. ¿Es que él tiene entendido que allí va a encontrar una mina de oro? ¡Ah! ¿y no me lo dice?... Pues, mira, es un granuja. Todo el mundo me daría la razón. (Pausa breve.) ¡Ah! oye; un detalle: ¿Cuál es en Nueva York la «tienda de enfrente»... la casa de banca que más daño le hace a ésta?

JOHN.—Hay varias, muchas.

TIM.—Pero ¿cuál es la que más sombra nos hace?

JOHN.—El Banco Macliff.

TIM.—¿Tienes tú alguna carta o papel cualquiera con el membrete de la casa esa?

JOHN.—Claro; muchísimas.

TIM.—Venga una. (John la busca y la encuentra en seguida, para que no se aburra el publico.) Bien, por ahí he visto yo unas tijeras... Eso es... Pues me recortas el membrete, sólo el membrete. (John obedece.) Trae. (Se lo guarda.)

JOHN.—¿Y qué va usted a hacer con eso?

TIM.—Es largo de contar... Bueno, y ahora creo que basta de preparación. ¡Ya me tienes convencidol Llama a ese verdugo sin entrañas y, puesto que no hay más remedio... ¡vamos a dejarnos engañar! (Se sienta en el centro de la escena.)

(John abre la puerta del despacho de su jefe, primera derecha, y entra dejando solo a Timothy, que adopta en su silla la postura más cómoda.)

(Patrick y John hablando en voz baja en la misma puerta.)

PAT.—¿Ha hablado usted con él?

JOHN.—Sí, señor.

PAT.—¿Lo dejará en trescientos?

JOHN.—No sé; no he podido sacar nada en limpio.

PAT.—(Lo mira con desdén y aire de superioridad.) Déjeme usted a mí... Va usted a ver... (John se dirige hacia la puerta del despacho de las mecanógrafas, segunda derecha. Alto.) No se vaya usted, John. (Dirigiéndose a Timothy, que se pone de pie.) Buenos días, señor Gibbs... ¿Cómo va? (Se dan la mano.) Siéntese usted, siéntese usted. (Se sienta él a la derecha de Timothy.) Pues yo quería proponerle a usted un negocio... Cosa de poca importancia... Vamos a terminar en un momento, porque tengo mucha prisa. (A todo calla Timoty.) El asunto no merecía la pena de que usted se molestase; pero como yo no puedo moverme de aquí... Conque, vamos a ver, ¿usted vive allá en la Nebraska, no?

TIM.—(Con una expresión de idiotez que transforma por completo su fisonomía.) ¿La Nebraska? .. ¡Ah, sí!... La Nebraska... sí.

PAT.—Y creo que tiene usted unos campos que se llaman... (Mirando su carnet.) Las Aliagas.

TIM.—¿Las Aliagas?... ¡Ah! sí... Las Aliagas... sí...

PAT.—(A John, que está a su derecha, en voz baja.) Es completamente imbécil.

JOHN.—Completamente.

PAT.—Dígame usted, señor Gibbs, ¿y usted no vendería esas Aliagas?... Yo tengo comprador. (Timothy no contesta.) ¿Quiére usted venderlas?

TIM.—Hombre, yo... según... quiero y no quiero. (Mira con insistencia a la mesa de John y luego a la otra.)

PAT.—¿Qué busca usted por encima de la mesa?

TIM.—Nada. Es que tengo sed.

PAT.—¿Qué quiere usted tomar? (Hace una seña a John para que llame.)

TIM.—Lo que me den.

PAT.—¿Quiere usted Whisky?

TIM.—Bueno.

PAT.—(Entra Jim. A Jim.) Whisky... De modo, señor Gibbs, que usted quiere vender...

TIM.—Según... Quiero...

PAT.—... «y no quiero», sí, ya lo ha dicho usted antes. Pero el caso es...

TIM.—¿Es que usted me las quiere comprar?

PAT.—Hombre. yo... quiero...

TIM.—... y no quiero, ¿eh? Lo mismo que yo. (Jim trae una bandeja con la botella pedida y copas medianas. Patrick llena una de ellas.)

PAT.—Eso es... ¡Como que los dos queremos decir lo mismo! Pero, en fin, yo creo que nos podemos entender.

TIM.—¿Por qué no?

PAT.—¿Un poco de Whisky?

TIM.—Bueno. (Se queda mirando la copa.) ¿Son estas...las copas que usted gasta?

PAT.—Sí... ¿Qué tienen?

TIM.—No son muy grandes

PAT.—Hay otras, hay otras mayores. (Le indica a Jim un enorme vaso que junto a la botella del agua hay encima de una rinconera u otro mueble. Lo llena y se lo coloca delante a Timothy. Luego llena su copa.)

TIM.—(Tomando el vaso.) ¡Que Dios le asista! (Bebe.) No es malo, no.

PAT.—Hombre, ¡qué ha de ser malo! El mejor que hay.

TIM.—Pues, mire usted: yo le he bebido una vez allá por el ochenta y cinco... no, el ochenta y cuatro... bien digo, el ochenta y cuatro .. sí; me acuerdo porque aquel año se me murieron ocho vacas. Una enfermedad que les entró a los animales...

JOHN.—Oiga usted, señor Gibbs, despachemos, porque el señor Hutchinson tiene mucha prisa.

TIM.—(Mirando a John, colérico y poniéndose en pie.) ¡Ah, muy bien! Pues, entonces, me voy.

PAT.—No, no; siéntese usted, pero acabemos. Esas Aliagas yo no las conozco, pero me han dicho que son tierras muy medianas.

TIM.—Medianillas...

PAT.—Que allí no crecen más que plantas silvestres.

TIM.—¡Y gracias!

PAT.—(Satisfecho, mirando a John.) ¿De modo que usted mismo lo reconoce? Me alegro, hombre, me alegro. ¿Y qué le parece a usted que valen esas tieras? Vamos a ver...

TIM.—Pues, mire usted... ¡Qué se yo! Unos dicen que tanto... otros dicen que cuanto... Yo prefiero hablarle a usted con toda franqueza, y le digo la verdad; no lo sé.

PAT.—¿Pero tendrá usted una idea?

TIM.—Como tener una idea, claro que la tengo.

JOHN.—Bueno; pues diga usted...

TIM.—(Levantando su vaso.) ¡Que Dios le asista! (Bebe.) ¿No lleva usted camisa de franela?

PAT.—(Sorprendido.) ¿Qué?... No señor.

TIM.—Hace usted mal, Con este clima tan húmedo es muy fácil, muy fácil, pescar un reuma. ¿Ve usted el brazo éste? Bueno, pues hay muchos días en que no puedo ni moverlo... Allá por el setenta y seis... no, el setenta y siete... eso es, el setenta y siete, sí... Me acuerdo porque aquel año se me murieron ocho cerdos... y mi suegro... Sí, señor, una enfermedad que les entró a los animales sin saber cómo...

PAT.—Perdóneme usted, señor Gibbs; yo lo siento, pero me están esperando y... voy a tener que dejarle... Acabemos; ¿cuánto quiere usted por las Aliagas?

TIM.—Hombre, para usted... Voy a pedirle lo último... (Contando con los dedos.) Doscientos... doscientos... cincuenta... trescientos, sí, eso es, trescientos... (Patrick mira con aire de triunfo a John.) ¿Quiere usted todo el pedazo, eh?

PAT.—Sí, señor, sí; todo.

TIM.—Pues bien; para usted lo dejo... en trescientos mil dollars.

PAT.—¿Cómo? (Asombrado.)

JOHN.—¿Qué? (Exagerando la nota de protesta y asombro.)

PAT.—Pero, ¿qué ha dicho este hombre?

TIM.—He dicho trescientos mil dollars.

JOHN.—¡Usted se ha vuelto loco!

TIM.—(Va a levantar su vaso.) ¡Que Dios le asista!

PAT.—(Deteniéndole por el brazo.) ¡No, amigo, no! Hablemos en serio.

TIM.—¿Le parece a usted mucho?

PAT.—¡Vaya una pregunta!

TIM.—¿Cuánto daría usted?

PAT.—Trescientos dollars.

TIM.—¿Trescientos dollars?

PAT.—Sí.

TIM.—¿Sí? Bueno... ¡Que Dios le asista! (Bebe, secándose los labios con un pa-

ñuelo de colores muy grande.) ¡Bueno... Digan lo que quieran... (Patrick y John atienden con gran interés.) digan lo que quieran... (Mirando su reloj.) Nueva York es una gran ciudad.

PAT.—No, basta de bromas. ¿Estamos de acuerdo, sí o no?

TIM.—(Mucha flema) ¿En qué?

PAT.—En los trescientos.

TIM.—¿En los trescientos mil? Sí, señor.

JOHN.—Pero, hombre, una tierra que no vale nada...

PAT.—¡Usted mismo lo ha dicho!

JOHN.—Si usted mismo dice...

TIM.—(Subrayando las palabras) Yo mismo digo... ¿sabe usted lo que digo? (Siempre dirigiéndose a Patrick.) Que cuando los señores de Nueva York tienen ese empeño en comprarme las Aliagas... es porque saben algo... (Patrick y Jhon se miran sorprendidos) porque saben algo de lo que se averigua aquí en la ciudad...

PAT.—(Inquieto.) ¿Qué quiere usted decir?

TIM.—¿Qué se yo? ¿Quién me dice a mí que no ha de pasar, por ejemplo, algún ferrocarril por aquellas tierras el día menos pensado?

PAT.—(Con un respiro de satisfacción) Yo le aseguro a usted que no hay nada de eso. Pero, de todas maneras, estoy dispuesto a darle por esos campos diez veces más de lo que valen. Le ofrezco a usted diez mil dollars.

TIM.—(Poniéndose en pie.) Bueno, que usted lo pase bien, señor Hutchinson.

PAT.—Vaya usted con Dios, señor Gibbs.

JOHN.—(A Patrick.) ¿Pero le va usted a dejar que se vaya?

PAT.- ¿Qué le vamos a hacer? Lo siento, pero, ¡bah! que se pierda un negocio.

TIM.—(Que se había dirigido a la puerta, vuelve registrándose los bolsillos.) Ustedes me perdonarán, pero yo soy un pobre labrador, y no sé leer... ¿Quieren hacerme el favor de decirme las señas que llevo escritas aquí? (Entrega el papel a Patrick.)

PAT.—«¡Banco Macliff!» ¿Cómo? ¿Pero es que le han escrito a usted los de la casa Macliff?

TIM.—Sí, señor.

PAT.—¿Y para qué le escriben?

TIM.—Para que venga a hablar con ellos.

PAT.—Pero, en fin, ¿de qué le hablan a usted?

TIM.—¡Toma! Pues de las Aliagas. Yo no sé que les ha entrado a todos por ese terreno.

JOHN.—(En voz baja a Patrick.) ¡Han descubierto el negocio!

PAT.—¡Y me lo quieren quitar!... ¿Ve usted? Pues eso sí que no lo consiento yo. (A Timothy.) Un momento, señor Gibbs. No se vaya usted tan pronto.

TIM.—Es que tengo prisa.

PAT.—(Cogiéndole de un brazo y John del otro.) No, hombre, no; espere usted.

JOHN.—Acabe usted su vaso.

PAT.—Vamos, señor Gibbs, el último precio.

TIM.—Trescientos mil.

PAT.—Hombre, no. Eso no es serio. Oígame usted. (Timothy saca de su bolsillo su pipa y la llena de tabaco.) Usted sabe muy bien que las Aliagas valen mucho menos. Dejémonos de tonterias, y... Vamos a cerrar el trato, señor Gibbs. Voy a hacer una locura, porque para mí esto ya es asunto de amor propio. Es un capricho que puedo pagar: le ofrezco a usted cien mil dollars.

TIM.—Trescientos mil.

JOHN.—Vamos, señor Gibbs, aproveche usted la ocasión; no se le presentará otra en la vida. El señor Hutchinson llegará... (Patrick le hace una seña.) hasta los doscientos mil dollars. Y no hablemos más.

TIM.—Trescientos mil.

PAT.—No, señor.

TIM.—Está bien: hasta la vista, señor Hutchinson.

PAT.—Adiós, señor Gibbs.

TIM.—(Que se ha dirigido hasta la puerta registrándose los bolsillos.) Perdóneme usted; me parece que no me han devuelto las señas de la casa esa...

JOHN.—(En voz baja a Patrick.) Pero ¡mire usted que dejarle este negocio a Macliff!...

PAT —(Vacilando.) ¡Qué terquedad de hombre!

JOHN.—Y por trescientos mil, todavía el negocio ha de ser enorme...

TIM.—(Presentándole a Patrick el membrete.) Sí; me parece que es este. Hágame usted el favor; ¿no es este el papel de antes?

PAT.—(Rompiéndole.) ¡Bien! Se ha salido usted con la suya. Le doy los trescientos mil dollars.

TIM.—(Impasible.) Bueno.

PAT.—Tengo ahí el contrato extendido. Vamos a firmarlo.

TIM.—Bueno.

PAT.—(A John.) ¿Ha hecho usted la copia? ¿Está bien? ¿No se le olvida nada?

JOHN.—No, señor. (Entregándole los dos documentos.)

PAT.—(A Timothy.) Lea usted... Pero el caso es que si no sabe usted leer...

TIM.—Eso no importa nada; tengo confianza en usted.

PAT.—(Sentándose en la mesa de John.) Bien; voy a firmar un cheque de trescientos mil dollars.

TIM.—Bueno.

PAT.—Pero, vamos a ver; ¿cómo va usted a firmar el contrato, si no sabe usten escribir?

TIM.—No se preocupe usted. No sé leer ni escribir, pero he aprendido a firmar. (Patrick entrega el cheque y Timothy lo guarda cuidadosamente en su cartera. Después firma las dos copias del contrato y entrega la pluma a Patrick.) De modo, que... ¿asunto concluído, eh?

PAT.—Completamente.

TIM.—¿Puedo cobrar el dinero?

PAT.—Cuando quiera. No tiene usted más que pasar a la caja... Jim lo acompañará. (Va a llamar al timbre.)

TIM.—No es preciso, no... Me acompañará éste. Vamos, hijo mío, haz el favor de llevarme...

PAT —¿Hijo mío? Pero es que,.. ¿se conocían ustedes?

TIM.—¿Que si nos conocíamos? ¡Ja, ja, ja!... ¡Es muy gracioso! ¡Pero si es mi hijo!

PAT.—¿Su hjio? (A John.) ¿Y no me lo ha dicho usted?

JOHN.—Usted no me lo ha preguntado.

PAT.-(Medio aparte.) ¡Ah!... Entonces... sí... es que se han puesto de acuerdo... para... (Pero si no puede ser, si yo tengo las muestras, los informes.) (Pausa larga. Se dirige a Timothy y los dos hombres se quedan mirándose fijamente. El viejo se ha erguido y de su cara se ha borrado ya la expresión idiota de antes.) ¿No hay oro en Las Aliagas?...

TIM.—(Como desdeñoso y cínicamente burlón.—¡Ah! ¿Pero usted creía...?

PAT.—Es decir... ¡que ha venido usted a engañarme! ¡A vender como si fueran campos de oro unas tierras sin valor! ¿Sabe usted cómo se llama eso, señor Gibbs?

TIM.—Es decir... ¡que me llamó usted para engañarme! ¡Para comprar como sj fueran tierras sin valor unos campos de oro? ¿Sabe usted cómo se llama eso, señor Hutchinson?

PAT.—(Con reconcentrada furia. Apretando los puños y los dientes, próximo a arrojarse sobre él, pero en voz baja.) ¡Ah! Bien... está bien... ¡No parece usted ya tonto! ¡Admirable la comedia! Pero ha hecho usted mal en venir a representarla aquí... (Señalando a John.) Ese sabe que he hundido a gentes que valían más que usted... Ese sabe que Patrick Hutchinson es temible.

TIM.—¡Yo lo soy mas! ¡Mucho más temible que usted! Porque yo..... ¡no lo digo!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Doce años más tarde, Un salón fastuoso que debe deslumbrar por su lujo y riqueza, en el palacio del archimillonario John Gibbs. Al foro, la entrada de otro salón con hueco enorme que cierran soberbios cortinajes de terciopelo o tapices antiguos. A la izquierda, segundo término, un balcón, A la derecha, en primer término, una puerta y en segundo otra.

(Al levantarse el telón Germana, Patrick y Cinthia llegan hablando por la primera derecha. Un criado sirve el café. Se sientan junto al velador, a la izquierda.)

GER.—Sí... ustedes lo perdonarán, pero yo tengo un verdadero disgusto. . ¡No acordarse de que almorzaban aquí hoy!...

CIN. —Pero Germana, si no tiene nada de particular. Este hace lo mismo continuamente.

GER.—(Sirviendo a Cinthia.) ¿Quiere usted café o te?

CIN.—Café, muchas gracias.

GER.—(A Patrick.) ¿Toma usted café?

PAT.—(Suspirando.) ¡Ojalá! Era mi único vicio. Pero me lo han prohibido los médicos.

GER.—Entonces, te.

PAT.—Tampoco me lo consienten.

GER.—¿Una copita de cognac?

PAT.—Menos, porque el alcohol me lo suprimieron antes.

GER.—Me tiene intranquila este hombre. ¡Con tal de que no le haya sucedido nada!...

PAT.—No, eso no: los negocios... Desde hace algunos días le veo muy preocupado. ¡Oh, es tremendo! Y si no que me lo pregunten a mi...

GER.—¿A usted?... ¿Por qué?

PAT.—Sí, señora, sí. ¡Me jugó hace diez o doce años una... ¡criminal!... ¿No lo sabía usted? Lo de las minas de oro de Nebraska... Aquel negocio—llamémosle así—puede que fuera la base de su fortuna.

GER.—No me habla nunca de sus negocios.

CIN.—Hace bien. Nosotras estamos en el mundo para derrochar dinero y nada más. ¿Qué nos importa saber cómo lo ganan?

GER.—(A Patrick.) Pero yo sé que le quiere a usted mucho. ¿No le guardará usted rencor tampoco?

PAT.—No; si es cosa olvidada. ¡Hace ya tanto tiempo! Además, aquello no me impidió hacer fortuna y hoy nuestros intereses son comunes. Gibbs ha hecho el trust de las lanas; yo tengo los ferrocarriles del Noroeste. El necesita mis vagones como yo sus rebaños. Y claro está: ¡Los mejores amigos del mundo! (Suena la bocina de un automóvil.)

GER.—(Dirigiéndose al balcón muy deprisa.) ¡Gracias a Dios, ya está ahí! Pero, ¿qué habrá ocurrido? Todos los cristales del automóvil vienen rotos ¡Ya me temia yo! (John por el foro. Corre a abrazarle.) Pero, ¿qué es, qué te ha pasado?

JOHN.—Nada: que me ha entretenido Macferson... Buenos días, señora. (Besa la mano a Cinthia.) ¿Qué tal, Patrick? (Estrechándole la mano cordialmente.)

PAT.—Y qué ¿Macferson está bien?

JOHN.—Sí; ha hecho este año dos o tres negocios admirables.

GER.—Bueno; pero dí, ¿por qué viene el auto destrozado?

JOHN.—Ese mecánico nuevo, que es un bárbaro. No mira por donde va y casi me estrella contra un farol.

GER.—¿No te acordabas de que venían a almorzar hoy?...

JOHN.—¡Claro que me acordaba!

GER.—¿Y no les pides perdón?

JOHN.—No; sabe Hutchinson que cuando no he venido a tiempo es porque no era posible otra cosa.

CIN.—Naturalmente. Si con Patrick me sucede lo mismo.

GER.—Pues mira, yo estaba ya... ¿Pero tienes sangre en el cuello? ¿Una herida?

JOHN.—No es nada, algún cristal.

GER.—Sí, es preciso lavarlo en seguida. Voy... Con permiso de ustedes.

PAT.—(Cuando ve que Germana se ha ido. Bajando la voz.) Pero, vamos a ver, ¿qué ha sido eso?

JOHN.—Lo de siempre. Que fuí a la fábrica esta mañana y encontré a la gente en pleno motín... Los obreros que gritan, las mujeres que lloran... Dicen que yo tengo la culpa de que los salarios bajen cada día más.

PAT.—En eso tienen razón.

JOHN.—No lo discuto... Lo de siempre... Una Comisión que sube a mi despacho. Quejas, amenazas. En fin, ya sabe usted lo que dicen. Que los rinde el trabajo, que se mueren de hambre... Claro; yo me encogí de hombros, ellos levantaron la voz, y les tuve que echar a la calle. Pero fuera, la multitud esperaba vociferando. Quisieron detener el coche; arrojaron piedras...

PAT.—(Que ve llegar a Germana. Germana por la primera derecha con el Criado, que trae un frasquito, una cápsula, algodones, etc.) ¡Calle usted!

GER.—(A John.) Ven aquí. (John se quita el cuello de la camisa y se sienta de espaldas a su mujer. Ella lo cura.)

JOHN.—A todo esto, ¿han almorzado ustedes bien, Cinthia?

CIN.—(Ponderativa.) ¡Ah! ¡Tiene usted un cocinero envidiable!

JOHN.—Eso dicen... Acaba de llegar de Rusia, del palacio del Zar. (A Hutchinson.) ¿Le ha gustado la comida?

PAT.—¿A mí? ¡Hombre, por Dios! Pero si yo no puedo comer más que un puré de legumbres y un pedacito de pan de gluten.

JOHN.—¡Ah! ¿pero le permiten las legumbres? ¿Y todavía se queja? ¡Pues tiene usted mucha suerte! Yo, a fuerza de comer deprisa y corriendo y a unas horas imposibles, he perdido el estómago hasta el punto de que los médicos no me consientan ya más que leche, sin azúcar, y con unas sales que yo no sé para qué sirven... ni ellos tampoco.

PAT.—¡No le saldrá a usted muy cara la comida!

JOHN.—Mucbo más de lo que usted se figura. Bebo al día unos cinco o seis litros, pero es posible que resulte (Consultando a su mujer.) a unos ocho dollars el litro.

CIN.—¡Ocho dollars! ¡Qué bonito, qué interesante es eso! ¿Y cómo se las arregla usted para poderla pagar tan cara?

JOHN.—Muy sencillo. La de aquí no me inspira confianza y hago que me la envíen de casa de mi padre, de la Nebraska, ¿sabe usted?

PAT.—¡Sí! ¡ya!... ¡Ya sé... ya!

JOHN.—¡Ay, es verdad, no me acordaba de que fué usted!... Bueno, pues mi padre tiene allá en el Oeste una propiedad inmensa, rebaños innumerables, corderos sobre todo... Me vende su lana y hasta procura engañarme cuando puede. Y yo, de vez en cuando, lo dejo para darle ese gusto. ¡El pobre se pone tan contento cuando se la pega a alguien!

PAT.—¡Ya, ya, ya!

JOHN.—Yo no sé si le parecerá a usted ridículo esto, amigo Patrick, pero yo quiero mucho a mi padre.

PAT.—En materia de sentimientos, todas las debilidades se explican.

CIN.—Pero vamos a ver, ¿y la leche?

JOHN.—¡Ah, sí. perdone usted! Pues allá tiene mi padre diez o doce vacas que se alimentan y cuidan exclusivamente por mí. Todas las mañanas me manda la leche en un vagón refrigerador que me la trae a gran velocidad. En cuanto llega la vierten en unos aparatos que la esterelizan y la dejan en la temperatura fijada por los médicos. Y entonces la tomo.

CIN.—¡Ay, qué gusto! ¡Cuánto daría yo por tener un litro, aunque no fuera más que un litro cada día!

JOHN.—Yo haré que le manden a usted dos, todas las mañanas.

CIN.—¡No sabe usted lo que se lo agradezco! Pero, he de pagarla yo a diez si a usted le cuesta a ocho... ¡Eso sí, por Dios! ¡Quiero beber la leche más cara de Nueva York!

GER.—No; Cinthia, créame usted. Diga usted que no.

CIN.—¿Por qué?

GER.—(Riendo.) Me obliga usted a descubrir un secreto. (A John.) ¿Me das palabra de no enfadarte? Bueno, pues han de saber ustedes que la famosa leche especial, en cuanto la sacan del hielo se corta, y llega tan echada a perder que no hay más remedio que tirarla. Y yo compro otra de una vaquería próxima y se la bebe John con el mayor respeto.

CIN.—¡Adiós poesía! ¡Yo que me había hecho la ilusión de beberla tan cara ¿Por qué me lo ha dicho usted? (A John.) A pesar de todo, envíemela usted.

JOHN.—Desde mañana... ¡es usted una verdadera mujer de millonario!

GER.—(A John.) No, créeme, no te comprometas a eso.

JOHN.—Pero ¿por qué no? Vamos a ver, explícate.

GER.—Es que. . no lo he dicho todo. Y siento que me obligueis. Cuando vino tu padre hace dos meses le conté lo que sucedía con la leche, y desde entonces el vagón refrigerador... ¡Viene todos los días lleno de agua!

JOHN.—(Echándose a reir.) ¡Bueno; eso tiene mucha gracia! ¡Es el colmo! ¡Y lo más chusco es que, a pesar de todo, me la cobra como antes y arma un escándalo si me retraso en pagarle un mes!

PAT.—¡Admirable, sí, señor, admirable!

JOHN.—¿Y luego no querrán que yo adore a un hombre como ese?

PAT.—(Mirando su reloj y poniéndose de pie.) Las dos ya, Germana... (Tendiéndole la mano.)

CIN.—No, espérate; ¿no vamos a ver al niño?

JOHN.—Sí, señora, sí. (Llama.) No faltaba más. (Criado por la primera derecha.) A Jim que venga. (A Patrick que está mirando un cuadro.) Muy bonito, ¿verdad? Mi última adquisición. Un Greco.

PAT.—Lo conozco; lo tengo yo también.

JIM.—(Por la primera derecha.) ¿Llamaba el señor?

JOHN.—Sí; vaya usted a las habitaciones del señorito Donald y dígale a su preceptor que lo deje venir con usted un momento. (Jim se inclina y vase.)

CIN.—(A John.) ¡No sabe usted! .. ¡Cada vez que lo veo! (Por Jim.) ¿Cuántos años tiene ese hombre?

JOHN.—No sé; lo menos setenta.

CIN.—¡Setenta años! ¡Qué bien hace un criado tan viejo! (A Patrick.) Es preciso que me busques un criado así. ¡Quiero tener el criado más viejo de Nueva York!

PAT.—Lo tendrás.

(Las cortinas o tapices, o lo que sea, de la puerta del foro se separan dejando ver otro gran salón. Jim queda a la derecha y el otro Criado a la izquierda, inclinándose con el mayor respeto. Aparece entre ambos Donald, un niño de nueve años. aspecto enfermizo, muy pálido, lujosamento vestido con un traje de terciopelo azul de Prusia y cuello de encajes.

JOHN.—Donald, los señores de Hutchinson que querían verte.

DON.—(Hace una ceremoniosa inclinación de cabeza, luego se adelanta y besa la mano a Cinthia.) Señora... Caballero... ¿Cómo están ustedes? (Saludos.)

CIN.—¡Es encantador!

PAT.—¡Está hecho un hombre!

CIN.—Llevas un cuello muy bonito.

DON.—Está a la disposición de usted, señora. Es un regalo de papá el día de mi cumpleaños y cuesta trescientos dollars.

GER.—Donald, ya sabes que los niños no hablan de dinero.

DON.—Pero, mamá, entonces ¿de qué quieres que hable?

GER.—¿Tus profesores no te enseñan otras cosas?

DON.—Sí, pero me fastidian.

GER.—¡Donald!

DON.—Papá, el señor Wolman me ha reñido otra vez esta mañana.

GER.—Algo habrás hecho tú. ¿Por qué ha sido?

DON.—Porque no me sabía la lección.

GER.—Lo de siempre.

JOHN.—A pesar de todo... les tengo prohibido que le riñan... A ese Wolman le diré yo esta noche...

GER.—¡Hombre, por Dios! ¿delante de él?...

DON.—Dí, papá: ¿verdad que echarán a la calle al señor Wolman?

CIN.—¡Qué gracioso! ¡Es encantador!

PAT.—Debe usted estar orgulloso. ¡Quién tuviera!...

JOHN.—(A Jim despidiéndole.) Dígale usted al chauffer del señorito Donald que puede salir en automóvil cerrado de tres a cuatro, y adviértale a su mayordomo que tenga mucho cuidado de que en el paseo no se le acerquen los otros niños.

DON.—Oye, papá: yo quisiera jugar con ellos.

JOHN.—¿Cuándo has visto tú que los hijos de los millonarios jueguen con los hijos de los pobres? (A Jim.) Vaya usted.

DON.—(A Cinthia, besándole la mano.) A los pies de usted, señora. (A Patrick.) Beso a usted la mano. (Entra un criado y habla en voz baja a su amo.)

JOHN.—¡Ah! ¡sí, que pase!-Con permiso de ustedes. Es Halton, mi secretario.

PAT.—¿Está usted contento del muchacho ese? (Despidiéndose.)

JOHN.—Mucho... Un compañero de trabajo muy seguro y muy fiel. (Entra Halton foro y se queda junto a la puerta esperando a que salgan los otros.)

PAT.—Hasta la vista, querido John. Señora... (Las señoras se besan. Vanse foro los Hutchinson.)

JOHN.—(A Halton.) ¿Qué hay? (Halton vacila.) No, puede usted hablar delante de mi mujer. No nos oye; no se preocupa de los negocios. Pero espere usted un momento. (Se dirige al foro y mira al exterior. Luego vuelve. Germana está repasando con un lapicero en la mano la agenda de gastos que acaba de coger de un mueble.) Sí; ya se ha ido. ¡Pobre Hutchinson! ¡Qué cara pondrá dentro de dos o tres meses!

GER.—(Levantando la cabeza.) ¿Por qué?

JOHN.—¡Porque estará en la miseria! ¡En la calle!

GER.—¿Qué quieres decir?

JOHN.—Es muy largo para que te lo explique ahora... ¡Y lo que me divertiría verlo caer! ¡Excuso decirte qué porrazo... desde tan alto!

GER.—(Sorprendida.) Pero ¿tú le odias?

JOHN.—(Negando con un gesto.) El a mí, sí. No me perdona el golpe aquel de las minas de oro. Ya dos veces ha intentado derribarme y es preciso que uno de los dos caiga para no levantarse más... ¡O él o yo! (Germana contempla a su marido llena de asombro.) ¡Noticias, Halton!

HAL.—He visto a Marck esta mañana. Sus agentes han recorrido toda la región de Arkansas, y en su nombre han hecho contratos. Tiene comprometidos diecisiete millones de toneladas: casi todo el carbón de la comarca.

JOHN.—¿A buen precio?

HAL.—No. A once dollars en Febrero, once y medio en Marzo, doce en Abril... Medio dollars de aumento por mes...

JOHN.—¿De modo que serán quince a fin de año?

HAL.—No ha habido más remedio. No se han querido comprometer para tan largo plazo

GER.—¡Quince dollars! Si a mí me cuesta el carbón a doce puesto aquí.

JOHN.—¿Tú sabes el precio del carbón?

GER.—Claro, para la cuenta de la casa.

HAL.—(Asombrado.) ¿La señora lleva la cuenta?

JOHN.—(A Halton.) Es admirable mi mujer, ¿verdad? (A Germana.) Tranquilízate. El día en que yo pague el carbón a quince dollars, lo venderé a veinte. (A Haltón.) ¿No hay que temer indiscrección de nadie?

HAL.—Ninguna. Ni el mismo Marck sabe para quién compra y su agente, mucho menos.

JOHN.—(Tendiéndole la mano.) Está bien; hasta la noche. (Halton vase.)

GER.—¡Gracias a Dios! (John saca unos papeles del bolsillo y queda entretenido leyéndolos.) ¡Ni hablar un instante nos dejan! Y esta mañana te fuiste... (Calla al ver que el otro no le contesta y como temiendo interrumpirle. Pausa. John levanta la cabeza.) Oye, ¿porqué les ha dicho eso a Cinthia?

JOHN.—¿Qué?

GER.—Ahora mismo le has dicho. «Es usted una verdadera mujer de millonario.» ¡Tú no sabes el daño que me ha hecho oirte decir eso? Tú sabes que yo valgo un poco más que Cinthia.

JOHN.—Estoy convencido.

GER.—No lo bastante. (Pausa muy breve.) ¿Es que yo no soy una verdadera mujer de millonario?

JOHN.—Quería decir que tú no sabes derrochar el dinero. Vives modestamente, llevas una vida tranquila, oscura; Los periódicos debieran hablar todos los días de tí, de tus vestidos, de tus alhajas, de tus excentricidades.

GER.—Tienes razón: procuraré parecerme a Cinthia.

JOHN.—Pero... ¿a Cinthia, por qué? Supongo que no irás a tener celos de esa mujer.

GER.—No, eso no. ¡Ni de ninguna! Sé que las mujeres no significan gran cosa para tí. Además, aunque así no fuera, no tienes tiempo ni para engañarme.

JOHN.—Pues entonces... (Pausa.) ¿En qué piensas? ¿Qué tienes?

GER.—Nada. Es que me acuerdo de mis primeros años, allá en Francia... de cuando yo era niña. Mi padre estaba de médico en un pueblecillo de Provenza... Volvía por la noche a casa siempre contento, después del trabajo de todo el día y durante la cena no dejaba de reirse un momento con mi madre... Luego, entre los dos, llevaban mi camita al comedor, porque allí estaba caliente y no había más fuego que aquel en toda la casa... ¡Eramos tan pobres! Mis padres se acercaban a la chimenea y después de bajar la pantalla de la lámpara para que no me diese la luz en los ojos, se ponían a hablar en voz muy baja para no desvelarme... Yo me dormía todas las noches viendo sus dos cabezas juntas, muy juntas, inclinadas hacia la lumbre que se iba apagando poco a poco... Alguna vez si yo me despertaba, los dos a un tiempo se volvían hacia mí y me sonreían. (Transición.) Nosotros no hablamos nunca como ellos, ni nunca sonríes tú cuando me miras. (Enjugándose los ojos.)

JOHN.—(Cariñosamente.) Vamos, Germana, ¿a qué viene eso? Tú ya no eres una niña. También yo era feliz en la granja de mis padres cuando tenía seis años, y eso no vayas a creer que nos hacían muchas caricias, eran poco amigos de perder el tiempo. Pero ¿quién se acuerda ya... ni para qué...? Lo pasado, ¿qué importa?

GER.—En muchas cosas ¡qué distinto es tu pensamiento del mío!... ¡Qué lejos estamos el uno del otro! Por eso temía yo tanto, ¿te acuerdas? Por eso vacilé tanto antes de decidirme a ser tu mujer... Nos separaba todo un mundo de ideas y de sentimientos. ¡Eso que acabas de decir da miedo! «Lo pasado, ¿qué importa?» Ya sé lo que significa, ya lo sé. «Siempre adelante», ¿verdad? ¿Y no te cansas de luchar? ¿De quererlo todo? ¿De ambicionarlo todo?

JOHN.—Sí; algunas veces. Hay momentos en que la fatiga nos rinde, nos abruma y las piernas se doblan .. Quisiera uno poderse detener, descansar, pero la vida nos empuja, el trabajo se impone... ¡Oh, los negocios, los grandes negocios! ¡No hay nada más hermoso! ¡Que más apasione y satisfaga! (Momentos antes ha sonado un timbre.)

CRI.—(Por el foro.) Es el padre del señor.

JOHN.—¡Mi padre!

GER.—¡Qué alegría! (Timothy por el foro. Un traje muy parecido al del primer acto, pero con su chaqueta puesta y sin sombrero.)

TIM.—Buenos días, hijos míos. (Se abrazan los dos.)

JOHN.—¡Cuánto tiempo sin venir a vernos!

GER.—¡Un siglo!

TIM.—¡Dos meses!

GER.—¿Todos buenos por allí?

TIM.—Todos bien... Las vacas soberbias, las ovejas lo mismo: acabo de comprar una yeguada que da gloria...

JOHN.—Sí; está bien... Pero, ¿y mi madre?

TIM.—¡Ah! ¿Tu madre? Bien, va bien... Sí, oye; desde que no nos hemos visto he comprado las seis granjas.

JOHN.—¿Seis más?

TIM.—¿Qué quieres que haga? A mí no hay otra cosa que me divierta.

JOHN.—Voy a decir que le preparen a usted su cuarto.

TIM.—Para pocos días. En estas casas no puedo vivir. Me ahogo. Todo lo que no sea el campo... ¡Allí se respira!

GER.—¡Cuánta razón tiene usted!

TIM.—No sabía yo que le tenías tanta afición al campo. ¡Eso está bien! A ver si consigues traernos a tu marido que hace seis años que no ha visto a su madre.

JOHN.—Porque no quiere. Que venga ella a Nueva York alguna vez.

TIM.—¡Cualquiera la decide! Está ya muy vieja la pobre. Como yo.

GER.—¿Usted, padre? ¡Si está usted más joven que nunca!

TIM.—No lo creas. Pasan los años, pasan Lo conozco en que me canso ya de andar... mis tierras ya me van pareciendo demasiado grandes.

JOHN.—¡Naturalmente; como que cada día compra usted más!

GER.—¿Pero sus hijos no le ayudan a usted?

TIM.—No. Los mayores ya se fueron; sólo me quedan los pequeños, que se irán como los otros. Cuando me dejen solo y no pueda más, figúrate, ¿qué será de mis tierras?

JOHN.—Espere usted unos cuantos años. Cuando yo me retire de los negocios iré a ayudarle.

TIM.—¡Tú!... ¡Cualquier día! ¿Y cuándo vas a retirarte de los negocios... Mañana o pasado... Te conozco muy bien.

JON.—Ahora, no, claro; pero más adelante...

TIM.—No digas tonterías. Tú has de morir al pie del cañón. En tu despacho con el teléfono en la mano... Bueno, ¿y dónde está mi nieto? Que venga mi nieto... Quiero verlo...

JOHN.—(Llama al timbre.) Sí; voy a hacer que lo traigan. Me parece que no habrá salido aún. (El criado sale por la derecha y John le da sus órdenes.)

GER.—No sabe usted cuánto se alegrará... Siempre está preguntando por usted. Quiere mucho a su abuelo.

TIM.—Yo también le quiero. ¡Pobrecillo! ¿Cómo está? ¿Sigue creciendo?

GER.—Demasiado. Y me tiene muy preocupada... Yo quisiera que un médico, por ejemplo, el doctor Hambury...

JOHN.—(Interrumpiendo.) No, ese no.

GER.—Dicen que es el mejor para los niños.

JOHN.—No quiero ver a ese hombre por aquí. ¡Un revolucionario, un socialista que nos aborrece! El otro día publicó un artículo lleno de odio...
(Jim por la derecha.)

TIM.—Hola, querido Jim. ¿Cómo va eso? (Se dirige a él para tenderle la mano, pero Jhon le detiene.)

JOHN.—¿Qué hace usted, padre? (A Jim.) Al señorito Donald que venga. (Jim vase por el foro.)

TIM.—¿Al *señorito?* ¡Qué respeto! En mi tiempo se guardaba para los padres; pero se progresa; vamos, ahora son los padres los que respetan a los hijos... (Un criado y Jim aparecen en la puerta del foro, levantando las cortinas como antes, inclinándose hasta el suelo al paso del niño.)

DON.—¡Abuelo! ¡Cuánto me alegro de verle! ¿Cómo está usted?

TIM.—Bien, hijo, bien. ¡Tú eres el que me parece... me parece... ¡A ver, mírame! (A Germana.) Sí, como alto, sí que está... alto, ¡pero que huesos! (El niño tose.) ¡Qué huesos!... Esto no marcha... (Palpándole un brazo.)

JHON.—No sé porqué dicen ustedes eso. El niño está muy bien; ¿verdad, Donald?

DON.—(Tosiendo de nueyo.) Sí, papá.

GER.—(Al niño.) ¿Es que tienes frío?

JHON.—No, mujer, no; si tose es...

TIM.—Sí, porque está muy bien; claro. Vamos a ver, Donald, ¿a ti no te gusta el campo?

DON.—¡Ah, el campo! ¡Mucho!

TIM.—Pues nada, nada. Tú vienes con el abuelo, y verás cuantas cosas bonitas. Arboles, flores, lagos por donde se pasea en una barca.

DON.—Di, abuelo... ¿Y hay muchos niños en tu casa?

TIM.—Muchos; ahora todos los niños de tu tio Jams; todos los de tu tía Julia, y algunos de tu tía Ena.

DON.—¿Y cuántos, cuántos son?

TIM.—Hijo, pues no me acuerdo. Espérate... Justo: allí hay diez y siete.

DON.—(Batiendo palmas.) ¡Qué bien! ¿Y juegan todos juntos!

TIM.—¡Todos juntos, y me hacen cada estropicio!

DON.—¡Cuánto me gustaría ir, abuelo!

TIM.—Pues irás, querido ¡no faltaba otra cosa!... A jugar por el campo, al aire libre, para que te pongas como un roble, y no tengas esa cara de *señorita*.

GER.—Sí, padre, sí; llévesele usted

JOHN.—No sé a qué viene decirlo. Sabes que no quiero que se separe de mí.

GER.—¿Por qué? ¿Tú no comprendes.. ?

TIM.—Eso es; ¿por qué no?

JOHN.—Porque no podría vivir yo tranquilo... No tengo otro.

TIM.—Hijo mío, lo que es de eso no tengo yo la culpa. Y a todo esto, debo confesaros que tengo un hambre que no veo.

GER.—(Llamando.) ¿Pero es posible? ¿No almorzó usted en el tren?

TIM.—¡Claro, pero ya hace más de dos horas! Y a mí los médicos al revés que a éste, ¡que no pase ni dos horas y media sin nuevo lastre! (Jim por la primera derecha.)

GER.—Pues ahora mismo le servirán a usted. Jim, diga usted que pongan la mesa para el señor.

JOHN.—(A Jim.) Y luego vuelva usted para acompañar al señorito cuando esté ahí el automóvil.

GER.—Vamor al comedor, padre.

JOHN.—Sí, yo también voy a tomar un vaso de leche... (Dándole una palmada en el hombro a su padre) La leche de Nebraska.

TIM.—(Volviéndose desde la misma puerta del comedor.) Hombre, a propósito de la leche... ya decía yo que se me olvidaba algo... Te la estoy enviando desde hace mucho tiempo, y claro, vosotros como vivís aquí en la ciudad, no sabéis lo que pasa por el Oeste; bueno, pues has de saber que los forrajes están este año carísimos. Las vacas han subido de precio... ¡Todo por las nubes, hijo mío!... Total, que no voy a tener más remedio que subir la leche. (Y el hombre con la tranquilidad del justo se dirige al comedor.)

JOHN.—(A Germana en voz baja.) ¿Has visto? ¿Y luego no querrán que yo adore a un hombre así?

TIM.—(Volviendo a Germana.) ¿Qué dice, qué...?

GER.—Nada, que bien, que bien, que le parece muy bien. (Los tres entran en el comedor. A poco Jim por la misma puerta primera derecha. Que se quedó sentado en un sillón a la izquierda junto al velador, con los pies apoyados en otra silla.) Oye, Jim...

JIM.—(En pie, respetuosamente.) ¡Señorito!

DON.—¿Verdad que es muy simpático el abuelo?

JIM.—Mucho, si señor.

DON.—Hay muchos niños en su casa, ¿sabes?

JIM.—¿Muchos?

DON.—Sí; me ha dicho que hay diecisiete. Oye: ¿y cómo es que papá no tiene más que uno?

JIM.—Pues... mire usted, señorito, eso no lo sé.

DON.—¿Pues no dicen que los viejos todo lo saben?... (Pausa.) ¿Tú también tienes niños en tu casa?

JIM.—Sí, señor, mis nietos.

DON.—¿Cuántos?

JIM.—Nueve.
DON.—¿Y todos son tuyos?
JIM.—De mis hijas.
DON.—¿Pero te los dejan a tí algunas veces?
JIM.—Sí, señor: todos los domingos.
DON.—¿Nueve? ¿Y qué hacen en tu casa tantos niños?
JIM.—Pues jugar. (Germana va a salir por la primera derecha, pero al verlos se detiene para escuchar la conversación.)
DON.—Oye, Jim.
JIM.—Diga usted, señorito.
DON.—¿Y por qué todos los niños que hay en casa del abuelo y en tu casa, y en la calle, y en todas partes, por qué juegan siempre juntos?
JIM.—Es una cosa propia de su edad...
DON.—Y entonces yo, ¿por qué juego siempre solo?
JIM.—Porque... usted es muy rico.
DON.—¡Ah!... Sí... ya me acuerdo... Oye: ¿y cuando juegan los niños de tu casa, se ríen mucho?
JIM.—Claro, siempre.
DON.—¿Y tú te ríes también?
JIM.—Sí, señor.
DON.—¿Y por qué papá no se ríe nunca?
JIM.—Porque es muy rico.
DON.—¡Ah! Pues entonces... ser rico...
JIM.—(Decidido, con sincera compasión.) Oiga usted, señorito... a mí me da mucha pena verle siempre así, tan solo, tan triste: una vida que no es natural a su edad. (Bajando la voz.) Si usted quiere, un día... pero no se lo dirá usted a nadie, que no se entere papá Un día yo le llevaré a mi casa, y jugará usted con mis nietos, y verá usted cómo se divierte...
DON.—(Le interrumpe como recordando la frase de su padre.) Pero, ¿cuándo has visto tú que los hijos de los millonarios jueguen con los hijos de los pobres?
(El Criado por el foro.)
CRI.—El automóvil del señorito espera. (Donald sale foro, recogiendo de manos del criado su sombrero y su bastón.)
JIM.—(Siguiéndole con la mirada.) ¡Pobre criatura!
GER.—Eso, Jim; ¡pobre criatura!
JIM.—¡Ay, señora! ¿Me ha oído usted? Perdóneme.
GER.—¡Perdonarle a usted, Jim! ¡A usted que acaba de darle la más grande, la más alta lección que pudiera recibir!... ¡La piedad! ¡No ha sabido comprenderla! Y cuando usted se expone a perder el pan por proporcionarle un poco de alegría, él contesta con palabras que ofenden... ¡Jim, yo, en su nombre, le pido a usted perdón!
JIM.—(Besándola la mano conmovido.) ¡Señora, señora!...
(Criado por foro.)
CRI.—(A Germana.) Señorita, es el Doctor Hambury. (Jim vase por la derecha. Por el foro el Doctor Hambury.)
GER.—No sabe usted lo que le agradezco que haya tenido la bondad...
DOC.—(Tono seco pero no altivo) Señora, me ha sorprendido mucho su carta. No es en los palacios de la Quinta Avenida donde me suelen...
GER.—Ya lo sé. Mi marido no quería que le llamase. Dice que usted odia a los millonarios. Poco me importa eso. Yo sé que cuida usted muy bien a los niños, que no tienen la culpa de que sus padres sean ricos ni pobres, y quiero que vea usted al mío. Voy a ver si no ha salido aún.
DOC.—Es inútil, señora. Salía en el automóvil cuando yo entré. Ya lo he visto.
GER.—¡Pero no lo bastante para saber lo que tiene!
DOC.—Pero, ¿cree usted que necesito reconocerle para saber lo que tiene? Tiene, que es hijo de un millonario. Y todos, casi todos esos niños... Ya comprendo que no estará usted acostumbrada a que le hablen como hablo yo. No es cul-

la mía; usted me pregunta y mi deber es decir la verdad. Todo les pertenece, todo es suyo, la riqueza, el poder... ¡Si tuvieran también hijos sanos y fuertes, eso sería muy hermoso! ¿verdad? ¡Y muy injusto! Los hombres como John Gibbs, debe usted saberlo, hacen mucho daño a su alrededor... Es preciso que lo paguen, que tengan su castigo. Y su castigo es ese: los hijos.

GER.—¿Y qué culpa tienen ellos? ¿Qué culpa tengo yo? No me conoce usted, Hambury; no sabe usted que yo odio el dinero, que lo aborrezco. ¡Ha traído a esta casa tantas amarguras, tantas inquietudes y tan pocas alegrías!... ¡Si usted supiera! ¡Si usted viese de cerca mi vida!...

DOC.—Perdóneme usted, señora: yo...

GER.—No me ha ofendido usted, porque yo no soy una millonaria... Pero me ha hecho usted sufrir, porque soy una madre. (Anhelante.) Eso que ha dicho usted antes de los...

DOC.—Verdad.

GER.—¡Pero si mi pobre hijo no es un hijo de millonario! ¡Si cuando vino al mundo, nosotros éramos casi pobres!... ¿Por qué ha de sufrir él?...

DOC.—Créame usted, señora, mis compañeros les adulan porque son ustedes ricos y les pagan muy bien... Yo tengo derecho a decir la verdad, porque no quiero nada de ustedes. Y lo repito: una criatura colocada en esta atmósfera anormal, excesiva, no puede vivir, no vive.

GER.—Si yo lo comprendo, es verdad; pero si lo sacáramos de aquí, ¿no podríamos conseguir aún? Dígame usted que sí...

DOC.—Fuera de la ciudad, lejos, al campo... ¿Qué edad tiene?

GER.—Nueve años.

DOC.—No hay que perder momento. Llévele usted al campo, señora.

GER.—¡Cuánto le agradezco!...

DOC.—(Despidiéndose.) Señora...

GER.—Doctor, yo desearía... No quiero que se vaya usted... Sin aceptar...

DOC.—No, señora.

GER.—Tengo aquí precisamente un cheque de mil dollars que mi marido...

DOC.—Es mucho.

GER.—No, si es para sus pobres, para esas gentes que usted. .

DOC.—Es muy poco. (Vase por el foro. Germana se dirige a la primera derecha; por segunda derecha Emma y luego Sam.)

EMMA.—Germana, ¿estás sola?

GER.—(Besándola muy contenta) ¡Qué alegría! ¡Qué sorpresa! ¿Y Sam?

SAM.—¿Cómo está usted, señora? Nos han dicho que tenía usted visita... Y estábamos ahí, en el despacho de John.

GER.—Pasen ustedes. (A Emma.) No sabes cuánto te agradezco que vengáis ahora. ¡Me da una alegría veros felices!

EMMA.—Pero, ¿qué tienes tú?... ¿Has llorado?

GER.—No. Es que estoy muy nerviosa. ¿Los chicos todos bien?

SAM.—Muy bien.

EMMA.—Calcula: la niña hoy la hemos pesado; casi doble en seis meses. Aquella dichosa enfermedad ya sabes cómo la dejó.

GER.—Pero no te acuerdas de que me has prometido traerla un día.

EMMA.—Hoy no era posible, porque teníamos que andar mucho. Hemos ido más allá del parque Grant.

GER.—¿Y a pie? ¡Vaya un paseo! ¿Y para qué habéis ido tan lejos?

EMMA.—Porque... verás (Vacilando.) Díselo tú, Sam.

SAM.—No, no; díselo tú.

EMMA.—¿Te vas a reir de nosotros? Es que... Yo tengo una hucha con mi dinero, ¿sabes? el mío... para las cosas que no son razonables, y hace dos meses vimos una lámpara de comedor, una preciosidad, en casa de Vitney... No quiero que Sam me la compre porque son trescientos dollars... Y como en la hucha no habrá más que unos docientos, no hay más remedio que tener paciencia. Por eso, de vez en cuando, vamos este y yo a verla en el escaparate de Vitney.

GER.—¿Quieres hacerme un favor que yo te agradeceré mucho, mucho?... Déiame que te la regale. Voy a llamar por teléfono a la tienda, y cuando lleguéis a casa ya tendrás allí la lámpara.

SAM.—(Vivamente.) ¡No, no señora, no faltaba más! ¡Eso no!

EMMA.—Tiene razón este. Te lo agradecemos mucho, pero no...

GER.—¿Por qué?

EMMA.—Porque así pierde todo el encanto... Mira, lo bonito es no tener las cosas y desearlas. (Germana conmovida, se lleva el pañuelo a los ojos.) Perdóname... no quiero que te ofendas.

GER.—No; es que lo que acabas de decir ¡responde tan bien a mi pensamiento! ¿Si tú supieras el cansancio que dejan los deseos satisfechos apenas sentidos? ¡Desear... debe ser tan hermoso! Yo te envidio de veras, amiga mía, yo te envidio... Tienes razón... ¡Conserva tu deseo!

SAM.—Siento encontrarla en una disposición de ánimo tan triste... Lo que yo tengo que decirle, tampoco es grato. Yo no me decidía a hablarle, pero Emma juzga...

EMMA.—Sí; es necesario... Debes decírselo...

GER.—(A Emma.) ¿Qué sucede? Me alarmais.

SAM.—¿Su marido de usted no le habla nunca de los negocios?

GER.—Muy rara vez.

SAM.—Pues bien; lleva sus operaciones con una osadía y un atrevimiento a que nadie llegó nunca; su proceder habitual es producir una baja en los salarios que condena al hambre a millares de obreros... Cada uno de sus negocios, representa la ruina de mucha gente. Yo le conozco muy bien, sé que nada le detiene, y que ha de seguir y seguir...

GER.—Ahora mismo está preparando otro negocio, uno nuevo...

SAM.—Pero usted comprenderá, Germana... yo he de decirle la verdad entera, que esa conducta le acarrea odios feroces; millones de hombres desean su muerte... Si no fuera por la extremada vigilancia de su policía, no le sería posible salir a la calle... Y él lo sabe...

GER.—¡Es horrible! Yo ignoraba todo eso...

SAM.—Hoy mismo faltó poco para que acabasen con él. Le han herido...

GER.—Si; una torpeza del chauffeur...

SAM.—No, señora, no; un motín de obreros indignados por la baja de los salarios... Ayer dicen que se les murió un niño de hambre.

GER —¡Qué horror! ¿Es posible?

SAM.—Por eso he venido a hablar con usted. Si usted tiene alguna influencia sobre él, aun estamos a tiempo. Trate usted de detenerle: va en ello su vida. Hemos creído que nuestro deber...

EMMA.—¿Hemos hecho bien en advertirte?...

GER.—Sí, habéis hecho bien, y os lo agradezco mucho.

SAM.—No le juzgue usted mal, Germana. No crea usted que se puede juzgar a un hombre como ese; a un hombre que ha nacido para las grandes empresas, para la lucha y la conquista, como se juzgaria a un hombre vulgar.

GER.—Tiene usted razón, por eso no le juzgo; es mi marido... Pero, es que lo que acaba usted de referir... viene a explicarme también muchas cosas que yo no habría comprendido hasta hoy... Muchas veces John ha querido asociarle a usted a alguno de sus negocios; usted ha rehusado siempre... ¿Por qué? Diga usted la verdad.

SAM.—(Vacilando.) Germana, yo... no quiero ganar así... (John y Timothy por la primera derecha.)

JOHN.—Hombre, ¿tú aquí? (Abrazando a Sam.) No me habían dicho nada. (A Emma.) Buenos dias, señora. (A Timothy.) Padre, yo no sé si usted se acordará...

TIM.—Pues no faltaba más, hombre... ¡claro que me acuerdo! hace ya muchos años, pero no se me olvida... que te hizo un favor el amigo Sam... (Ponderativo.)

SAM.—No hablemos de eso.

TIM.—¡Sí, hablemos de eso! Si no hubiera sido por usted, John es probable que no fuera hoy millonario, y, eso hubiera sido una lástima...

SAM.—¿Lo cree usted así?

TIM.—Hombre, claro; no hubiera yo podido comprar todas las tierras que tengo.

SAM.—No, eso sí.

TIM.—Por eso es necesario que vayan ustedes a verlas a la Nebraska.

SAM.—Sí, señor; yo bien quisiera..

TIM.—Usted, y su mujer, y sus chicos.

EMMA.—Es usted muy amable...

TIM.—No, si no hay que decir: «es usted muy amable». «Yo bien quisiera». Lo que hace falta es decir que sí, porque saben que se ofrece de verdad... Y venir. Y ahora me voy, porque tengo mucho que hacer. (A John.) Tú, hasta la noche. (A Sam.) ¿Vienen ustedes o se quedan?

SAM.—No, no; nos vamos. (Todos salen foro, quedándose Sam el último.)

GER.—(A Sam en voz baja.) ¡Gracias!... (John va a entrar en su despacho. Germana le detiene.) Oye, John.

JOHN.—¿Qué quieres? Te advierto que tengo mucho que trabajar.

GER.—Un momento. Si, quiero hablarte de tus negocios.

JOHN.—¿Tú?

GER.—Oye; ¿y tan importante es la explotación que tiene tu padre en la Nebraska?

JOHN.—¡Enorme! Una de las más importantes de los Estadas Unidos. Es un negocio inmenso. Se podría ganar allí mucho más, infinitamente más, de lo que gana mi padre. Pero, ¿por qué me preguntas todo eso?

GER.—Vamos a ver; ¿qué dirias tú si yo te propusiera que fuéramos allí los tres, Donald, tú y yo, a instalarnos en la Nebraska? Tú a dirigir las explotaciones de tu padre... estoy segura de que seríamos allí felices...

JOHN.—Supongo que no hablas en serio.

GER.—¿Por qué no? Muy en serio.

JOHN.—¡Vaya una idea! ¡Abandonar mis negocios que son mi vida!... ¡No sabes lo que dices!

GER.—¿No se lo prometías a tu padre antes?

JOHN.—Sí, pero hablaba de lo porvenir.

GER.—Entonces, óyeme. ¿Por qué no vamos a pasar unos cuantos meses a casa de tu padre? A los tres nos hace falta, los tres necesitamos respirar aire puro, tú el primero, el niño sobre todo.

JOHN.—En este momento no puedo abandonar Nueva York.

GER.—¿Por qué?

JOHN.—Tengo negocios urgentes... Uno sobre todo.

GER.—¿No me has dicho muchas veces que pueden dirigirse desde lejos, que para eso se ha inventado el telégrafo?

JOHN.—Un negocio ordinario, sí; éste no.

GER.—Es un negocio...

JOHN.—Muy grande. Tal vez el mayor que se haya hecho en América.

GER.—Me asustas.

JOHN.—No, no hay miedo. Es un golpe seguro.

GER.—¡Ah! ¿Lo del carbón de que hablabas antes?...

JOHN.—Sí, oye. A tí misma te va a sorprender lo sencillo de la idea. Yo tengo en este momento comprada casi la tercera parte del carbón que pueden producir los Estados Unidos durante seis meses; dentro de dos será mío el resto, es decir, todo el carbón de América.

GER.—¿Lo has comprometido todo?

JOHN.—¡Todo!

GER.—¿Y nadie lo sospecha?

JOHN.—Los contratos los firman individuos que no me conocen, y que no se conocen unos a otros. Yo no he hecho especulación alguna sobre carbón. Nadie desconfía de mí. Dentro de un mes, cuando la operación empiece a dar su fruto todo el que necesite carbón, habrá de dirigirse a mí, porque lo tendré todo... ¿Comprendes ahora, porqué si hoy vale a diez lo pago yo a once y a doce?...

¡Lo venderé a dieciseis, a veinte, si quiero, y todos tendrán que pasar por lo que yo les imponga, todos! Compañías de navegación, de ferrocarriles, de electricidad. Lo tendré todo... tendré en mi mano, en esta mano que ves aquí, toda la fuerza de América.

GER.—¿Y eso va a arruinar a Patrick Hutchinson?

JOHN.—Sí.

GER.—¿A él solo?

JOHN.—No, a muchas gentes, a todos los que tengan acciones suyas.

GER.—¿Y quienes son los que tienen?...

JOHN.—Qué sé yo

GER.—¿Banqueros... capitalistas... hombres ricos?

JOHN.—Ricos y pobres, de todo.

GER.—¿Pobres?... ¿Y algunos, muchos tal vez, se quedarán en la miseria?

JOHN.—Muchos.

GER.—¿Y habrá quien se desespere... y se mate por eso?

JOHN.—Probablemente.

GER.—¡Es horrible!

JOHN.—Sí.

GER.—¿Y puedes tú hablar con esa frialdad del daño que vas a hacer?

JOHN.—Esos son los negocios... ¿Tú sabes que si éste logra el éxito que espero, yo seré antes de un año el hombre más rico del mundo?

GER.—¿Es decir que no tienes bastante aún? ¿Que no estás harto aún? ¡Que te hace falta más, todavía más, siempre más!... Y es una obsesión, es locura. No pensáis en otra cosa, no sabéis hablar de otra cosa... no viene aquí un solo hombre que no pronuncie la palabra dinero, dollars como tú dices. Las paredes de esta casa la repiten: dollars, dollars. ¡Lo que yo habré podido oirla en mi vida! Y tú necesitas más aún... ¡Y para eso tantas infamias y tantas lágrimas! ¡Para ganar dinero!... ¡Porque a eso le llamáis ganarlo!...

JOHN.—Pero, ¿qué dices, Germana? ¿Qué dices? ¿Te has vuelto loca?

GER.—Oyeme, John. Ese negocio tú no has hecho más que empezarlo, puedes retirarte aún... Nunca te he pedido nada, nunca; no puedes negarme la primera cosa que te voy a pedir: renuncia a ese negocio. (Gesto negativo de John.) Renuncia a él; ya te odian muchas gentes, hoy mismo te han herido. ¡No digas que no!... Si lo sé... ¿Y quieres todavía excitar más odios?

JOHN.—¿Qué importa? ¡Si los necesito! ¡Si son el acicate para la lucha! .. Sin el peligro no sé vivir!

GER.—Pero yo no tendré desde hoy una hora tranquila. No saldrás a la calle sin que yo no me quede llena de angustia, pensando sin cesar: «me lo van a traer herido o muerto».

JOHN.—¡Basta, Germana! ¡Es todo inútil! Puedo ganar de un solo golpe una fortuna colosal, la mayor de América, la mayor del mundo. ¿Concibes dicha humana más grande que la gloria de poder decir: «soy el primero, soy el amo de todos?»

GER.—¿El amo? ¡Pobre John! El esclavo de tu fortuna. ¿Es vivir ese perpetuo desasosiego de todos los días, de todas las horas? Si estás en tu despacho antes de la hora en que tus empleados se levantan... y sigues en él cuando ellos han vuelto ya a su casa, y están junto a la lumbre con su mujer y sus hijos... Tú siempre con el oído atento, esperando que pueda sonar el timbre del teléfono... Tú no descansas, no duermes... arrastras una vida mil veces peor que la del último jornalero. Con tu fortuna podrían ser felices doscientas familias... Es verdad que has encontrado infinitos medios de gozar, ¿me quieres decir para qué? ¿De qué te sirve?

JOHN.—Más tarde, luego, tiempo tendré...

GER.—¿Cuando tengas ochenta años?... ¿Cuando nada ya de la vida te importe, ni?...

JOHN.—Y si no soy yo, seréis vosotros, será Donald.

GER.—¿Donald? ¡Si vive todavía! ¿Pero es que no lo ves? Pero, ¿es que lo miras con la indiferencia con que miras todo lo que no sea la última liquidación

l último telegrama? ¿No lo ves cada día más débil, sin luz en los ojos, sin rzas, sin alientos?... Ahora mismo acabo de oir una cosa que no se me olvida- nunca, que me ha hecho llorar. Uno de tus criados que le compadecía... ¡Te- piedad de él! ¿Me oyes? tenia piedad de tu hijo... y tenía razón. Hundido en os montones de oro inútil que lo ahogan, tu hijo es más pobre que los hijos de que piden limosna. Yo he ido a los barrios más miserables de Nueva York hn levanta la cabeza.) muchas veces, sí, para que sirviera de algo mi fortuna. es bien, en todas partes, en las bohardilas, en los tugurios, donde quiera que sufre, he visto a los hombres y a las mujeres llorar, pero a los niños reir... aquellas criaturas que tiritaban de frío y que aplacaban el hambre porque yo a llevarles pan... se reían. Nosotros hemos conseguido, a fuerza de dinero, absurdo mostruoso de ¡un niño que no se ríe! Pero eso, eso yo no lo puedo portar. ¡Yo quiero que mi hijo se ría, como se ríen los hijos de los pobres!

JOHN.—Sea: Donald irá a pasar un mes a casa de mis padres.

GER.—Eso no basta. Lo que es preciso es arrancarlo definitivamente de esta nósfera, de esta vida, y nosotros con él: lo que es preciso es que tú renun- es...

JOHN —No. Es inútil que insistas, Germana. En esta lucha que yo sostengo no posible retroceder nunca, ¿lo oyes? Si te detienes un momento eres hombre rdido, te arrollan, te derriban, pasan todos por encima de ti... ¡Pero si en eso nsiste el goce!... ¡Si ese es el placer!... Verlos a todos que vienen sobre ti; e ya están encima con la boca abierta, dispuestos a morder... Y cogerlos por garganta y obligarles a cambiar el gesto de amenaza en una sonrisa de humi- ción... «¡Qué bueno es usted, señor Gibbs!» «¡Es usted muy amable, cuánto le radezco!»... ¿Y dices que yo no sé gozar de la vida? Tú eres una mujer, tú no edes comprenderlo; cualquier hombre me comprendería...

GER.—¿Estás seguro? ¿Quieres que lo probemos? ¿Quieres consultarlo con amigo fiel; Sam, por ejemplo?

JOHN.—¿Sam? ¡Nunca! ¿Lo oyes, Germana? ¡Nunca! ¡No has de decirle a Sam una palabra de todo esto!

GER.—Está bien.

JOHN.—¿Puedo tener una absoluta confianza en tí? ¿Me das palabra de que nca?...

GER. —Sí, te doy palabra, pero, ¿a qué viene ese temor? ¿No has tenido siem- e en él una completa confianza? ¿No me has dicho siempre que Sam era el úni- amigo...?

JOHN.—Sí, es verdad. Pero, ¿tú no sabes que tiene toda su fortuna en casa Hutchinson?

GER.—¡Cómo! ¿Toda su fortuna? Entonces ¿la pierde? ¿Se arruina?

JOHN.—Como los demás.

GER.—Será preciso advertirle...

JOHN.—¿Qué dices? ¿Pero es que no lo has comprendido aún? ¿No acabas de que la operación exige un secreto absoluto? ¿Que nadie puede saber una pa- bra, nadie? Y mucho menos él... Retiraría sus fondos de casa Hutchinson... trick, que sabe que es amigo mío, sospecharía el peligro...

GER.—Pero... Entonces... No... vamos a ver, no te entiendo... No lo quiero tender. ¿Que vas a arruinar tú a Sam?

JOHN.—¿No te lo he dicho ya? ¡Como a todos!

GER.—¿Tú sabes que tiene mujer y tres hijos?

JOHN.—Claro que lo sé.

GER.—¡Es nuestro único amigo! ¡El amigo a quien debes tu fortuna, a quien debes todo! Y habías jurado no olvidarlo.

JOHN.—¿Y quién te dice que lo olvide? Si pierde cien mil dollars, ¿qué le im- rta, puesto que al día siguiente yo le daré doscientos?

GER.—¡Hacía mucho tiempo que no se hablaba de dollars! ¡De modo que tú ees que se arregla todo con dinero! No, desengáñate; ¡Sam no ha de aceptarlo nca de tí!

JOHN.—Entonces, peor para él... Los negocios no son obras de misericordia...

GER.—(No quiere dar crédito a lo que oye.) ¡No!... pero... si no es posible que tú hables así... ¡No es posible! Que seas implacable para los negocios, cuando no hay más remedio, lo comprendo... Pero esto, la ruina de Sam y Emma, de sus hijos... de nuestros mejores, de nuestros únicos amigos... ¡Si es que eso no lo puedes hacer, no lo harás, porque sería una bajeza, una cobardía! ¿Verdad que no?

JOHN.—Déjame ahora. Tengo necesidad en este momento de conservar toda mi energía. Voy a emprender una labor enorme. Déjame trabajar. El único juez de mis actos soy yo.

GER.—No.

JOHN.—(Deteniéndose cuando iba a entrar en su despacho.) ¿Has dicho que no?

GER.—No. Hasta ahora he cedido siempre: tu voluntad ha sido mi ley. Pero ahora ya no se trata de mí; se trata de la salud de mi hijo, se trata de tu vida—que a tí no te importa, ¿verdad? pero a mí sí—. Se trata de la fortuna y del porvenir de nuestros únicos amigos, y no cederé.

JOHN.—Tú harás siempre lo que yo mande, y pensarás lo que yo quiera.

GER.—No... Ahora no.

JOHN.—¿Amenazas?

GER.—No; razones. Y perdóname. No te dejes arrebatar por la soberbia.. Nadie nos oye; no hay humillación para tí en escucharme. Tú sabes que no hemos tenido un solo disgusto en la vida. Nos hemos querido mucho, hemos pasado juntos días venturosos y días muy amargos; hemos visto morir a dos hijos; esos son lazos que nada puede romper. Mi vida depende de la tuya, y mi felicidad de que tú seas feliz. Créeme John, no se puede ser feliz cuando se cometen ciertas acciones... Yo necesito quererte, y para quererte es necesario que no te deje de respetar, que te crea siempre digno de mí. Tú no puedes arruinar a Sam. No consentiré yo que lo arruines. No, tranquilízate; no he de decirle una palabra de todo esto, porque te lo he prometido; pero también te prometo que he de impedir por todos los medios que cometas tan villana acción. Me quedan algunas semanas aun para convencerte... Pero si no lo consiguiera... si no lo consiguiera... lo arrostraría todo... ¿lo oyes? todo, antes que consentirlo. Y ahora te dejo trabajar... ¿No vas a salir? (Pausa.) ¿Comerás en casa? (Silencio en John. Germana sale foro.)

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración del segundo.

GER.—(Examinando una lista.) Treinta, treinta y uno, treinta y dos... son doscientos treinta y tres, casi todos casados; lo menos serán cuatrocientos cincuenta, puede que más...

JOHN.—Resultará bien.

GER.—Muy bien.

JOHN.—¿Tienes pensada la fecha?

GER.—No... La que tú quieras.

JOHN.—¿Dentro de quince días?

GER.—A ver... el veintidós entonces...

JOHN.—¿Te parece bien?

GER.—Muy bien. El veintidós de Noviembre (Un Criado por el foro.)

CRIADO.—¡El señor Halton!

JOHN.—Que pase. (Halton por el foro.)

HAL.—Buenos días, señor Gibbs.

JOHN.—¿Qué hay?

HAL.—Todo bien. Es sorprendente. Desde que empezamos hace dos meses la operación no ha habido un solo tropiezo. Es usted un hombre extraordinario. Sin embargo, hemos llegado a un momento peligroso: a la máxima tensión. Desde esta mañana compra usted a quince dollars la tonelada. Y como a los consumi-

lores les exige usted veintidós y medio, he temido que se revolvieran furiosos. Esta mañana he visto a uno de los más importantes: le he dicho el precio, yo esperaba, lo natural, que pusiera el grito en el cielo, suponía que se iba a desatar en protestas y recriminaciones...

JOHN.—¿Quién ha sido ese?

HAL.—Atkins.

JOHN.—¡Ah! Uno de los más perjudicados, porque son ciento cuarenta y tres de los buques de su Compañía. Calculo que lleva perdidos veinte millones de dolars, y este último golpe lo resistirá difícilmente... ¡Debe haber puesto una cara!

HAL.—Pues eso es lo notable; no, señor.

JOHN.—¿No?

HAL.—No.

JOHN.—Querido Halton, es usted muy poco observador...

HAL.—Usted dispense, señor Gibbs. He visto a mucha gente ganar y perder fortunas. Conozco demasiado las muecas que hacen para disimular sus emociones... Atkins no se ha inmutado. Y hasta... ¿Qué quiere usted? Digo lo que veo.

JOHN.—¿Qué?

HAL.—Se va usted a reir otra vez; pero, al despedirme, me pareció... vamos, así como que se burlaba de mí.

JOHN.—¡Pobre Halton!

HAL.—Sí, señor. Y si me apura usted mucho le diré que los demás tenían también la misma expresión. ¡Es asombroso! Pierden millones, saben que soy yo el que se los hace perder y parece como que se ríen de mí.

JOHN.—Está usted ofuscado.

HAL.—Tal vez.

JOHN.—No lo dude usted. ¿Y en qué ha quedado usted con Atkins?

HAL.—En nada. Me dijo que volviera.

JOHN.—Vaya usted en seguida. No consiento vacilaciones. Que diga «sí» o «no.» Es inútil que se defienda; no tiene más remedio que aceptar. (Halton va a salir y se detiene.)

HAL.—Señor Gibbs...

JOHN.—¡Qué!

HAL.—Perdóneme usted, sentiría que lo pudiera usted atribuir a una oficiosidad por mi parte.

JOHN.—Diga usted.

HAL.—El invierno, ya lo ve usted, se presenta muy crudo este año; el alza de los carbones aumenta la miseria; la gente adivina que todo ello es efecto de algún «trust», y en los barrios pobres se dice que lo pasará mal el autor cuando se llegue a saber quien es...

JOHN.—(Desdeñosamente.) Bueno, bien; ¿y eso era todo?

HAL.—Yo cumplo con advertir a usted. .

JOHN.—Sí, hombre, bien... (Haciéndole señas de que calle y señalando a Germana. Halton vase foro.)

GER.—¡Oye, John!

JOHN.—¿Qué?

GER.—¡No has puesto a los Bradey en la lista! ¿Es olvido... o lo has hecho?...

JOHN.—Los... Bradey... ¡Ah, sí! que vengan... (Pausa.) ¡Ah! Oye; y no vayas a hacer caso de las exageraciones de Halton... Eso que ha dicho de la miseria de este invierno .. En primer lugar, no hace tanto frío. Digo, yo creo... que no hace... ¿A ti que te parece?

GER.—¡Que no!... Es una temperatura muy tolerable... Sobre todo, teniendo este sistema de calefacción...

JOHN.—Lo mismo que eso otro de que... vamos a correr peligro cuando se sepa que soy yo... Exageraciones...

GER.—Desde luego.

JOHN. Ya sé yo lo que hago y como lo hago.

GER.—(Está mirando la lista.) No.

JOHN.—¿Qué?

GER.—Digo que no podemos dar esa fiesta el día veintidós; es domingo... (John no contesta, y mira a Germana fijamente.) ¿Por qué me miras así?

JOHN.—¡Quisiera adivinar tu pensamiento! Desde hace dos meses, estoy seguro, tienes una idea fija, que no acabo de comprender. Además en este negocio encuentro... no se qué, algo nebuloso que me inquieta. Yo esperaba resistencia, lucha. Pues no. Un enemigo tan fuerte, huye sin esgrimir siquiera sus armas poderosas. Es raro. Temo una emboscada. Hace un momento me reí de Halton; y sin embargo, estoy seguro de que no se equivocaba. Yo sé muy bien lo que significa una pérdida de millones. Por muy fuerte que sea uno, es imposible disimular la emoción; nos delata un gesto, algo, apenas perceptible, pero, algo en fin... Y, Atkins ponía cara de burla. Y los demás también... Y tú lo mismo... Tú fingías no oir lo que me decía Halton, pero confiésalo, no has perdido una sílaba... Aparentas no pensar más que en esas invitaciones para tu fiesta... y lo que menos te importa es eso. No... (Mirándola fijamente.) Yo veo en tus ojos la confianza, la seguridad que nace de una idea firme, resuelta... Sí, ¿cuál es? ¿Qué te propones?... ¡Habla! (Germana guarda silencio.) ¡Bah! ¿Qué me importa? He luchado con los hombres de negocios más temibles de América y los he vencido. No voy a tenerle miedo a una mujer. Y, sobre todo, que ya sería todo inútil... Hace dos meses, tal vez... Ahora, y... El negocio está seguro... Hoy se da la batalla. Todo se reduce a esperar.

GER.—Eso hago yo, esperar.

JOHN.—¿Un milagro?

GER.—El resultado.

JOHN.—¡Germana! (Pausa.) ¡Qué tristeza sería encontrar en el momento supremo un enemigo en mi propia mujer!

GER.—No, John, ¡no digas ess! ¿Yo, tu enemiga? ¡Cuando estoy segura de no haberte querido nunca, de no haberte hecho nunca tanto bien, como ahora te deseo!

(Un Criado por el foro.)

CRI.—Los señores de Hutchinson preguntan si puede recibirlos el señor.

JOHN.—¡Hutchinson!... (Vacilante.) Sí; que pasen. (Vase el criado.) Ya empieza el temporal... Ese ha descubierto que soy yo el que dirige el «trust», y viene a echármelo en cara. Vale más que nos dejes solos.

GER.—No tengo miedo.

(Patrick y Cinthia por el foro.)

CIN.—¡Buenos días, querida amiga!

PAT.—¡Buenos días, Gibbs! Ya supondrá usted a lo que venimos.

JOHN.—Me lo figuro.

PAT.—¡No se habla de otra cosa en Nueva York!

JOHN.—Sí, ya lo sé; me han dicho que hoy ha seguido aumentando el alza.

PAT.—¿El alza... de qué?

JOHN.—De los carbones; ¿no lo sabe usted?

PAT.—Como saberlo, claro... ¿Pero qué tiene usted que ver con el alza de los carbones? Supongo que no tendrá usted en ello arte ni parte...

(John se queda sorprendido sin saber qué decir.)

CIN.—¡Pero, qué mala memoria tiene usted, querido John! Me dijo usted anteayer que viniera a admirar, antes que nadie, el cuadro de Teniers que acababa de adquirir.

JOHN.—¡Ah, sí, es verdad!... Perdóneme usted.

PAT.—(Bajo, a Germana.) ¡Tenemos que hablar!

JOHN.—(A Cinthia,) Pero siéntense ustedes.

CIN.—¡Oh, no; de ninguna manera! ¡Tengo mucho que hacer todavía!

JOHN.—Entonces ¿quiere usted que veamos el cuadro? Está en mi galería. ¿Viene usted, Patrick?

PAT.—¡No, gracias! Estoy muy cansado, y ya conozco el Teniers. He visto la fotografía en los periódicos.

(Vanse Cinthia y John por el foro.)

GER.—(Con ansiedad.) Diga usted...
PAT.—¡Hoy!
GER.—¡Ah!... ¿Es hoy?...
PAT.—¿Tiene usted miedo?
GER.—Un poco, lo confieso. Hace días que me estoy preparando el ánimo para este momento, pero ¿qué quiere usted? No lo puedo remediar... Estoy temblando .. (Llama a un timbre dos veces.) Quiero tener aquí a mis amigos más íntimos Sam y Emma, para que me ayuden a ser fuerte.
PAT.—¿Qué dirá? ¿Qué va a hacer ese hombre?
GER.—No lo sé; no quiero estar sola con él, cuando se entere.
PAT.—¡Y sin embargo es usted una mujer valiente!...
GER.—A pesar de todo... (Jim entra.) Jim, corra usted... Que pongan el automóvil, vaya a casa del señorito Sam y les dice que vengan con usted, sin perder momento... Que los necesito... pero en seguida... Confío en usted...
JIM.—¡Señora!...
GER.—Pronto, Jim; corra usted, por Dios.
JIM.—Sí, señora. (Vase.)
GER.—¿Qué ha hecho usted?... ¡Cuénteme!
PAT.—Verá usted; cuando hace dos meses me advirtió usted que John preparaba este golpe, se lo comuniqué a algunos de los capitalistas que iban a ser víctimas...
GER.—¿Y por qué no se reservó usted la noticia?
PAT.—Yo solo no tenía fortuna suficiente para parar el golpe. Nos hemos asociado cinco y hemos comprado, sin que nadie lo sepa, cantidades enormes de carbón en donde lo hemos podido encontrar. En Europa, en Australia... En la fecha fijada, o sea desde ayer, los buques carboneros han empezado a llegar.
GER.—¿Por qué tan tarde? ¿No podían haber venido un mes antes?
PAT.—(Vacilante.) No, señora... no... porque...
GER.—Me ofreció usted decírmelo todo.
PAT.—Era preciso que Gibbs siguiera confiado. Hace un mes hubiera podido volverse atrás, y romper contratos. Hoy ya no puede. Desde ayer está comprometido a pagar el carbón a quince dollars. Nosotros vamos a venderlo a ocho... Yo le prometí a usted prevenirla de la fecha que fijáramos: anoche se acordó y esta mañana vengo.
GER.—Gracias.
PAT.—Es usted una mujer extraña.
GER.—Soy una mujer que sabe donde está la felicidad.
PAT.—Debiera usted decírmelo.
GER.—¿Para qué? ¡No lo había usted de creer!
PAT.—Esté donde quiera, acaba usted de prestarme un servicio inmenso. El día en que yo pueda pagarle ese favor, disponga usted de mí, segura, bien segura... (Por el foro, John y Cinthia.) ¿Qué tal ese Teniers?
CIN.—¡Extraordinario! ¡Prodigioso! Es preciso que vayas a verlo. La fotografía no da idea...
PAT.—Claro; el color.
CIN.—¡No, si no es el color!... ¡El tamaño!... Es así... (Señala con las manos, muy cerca una de otra.) El cuadro más pequeño que yo he visto... Y excuso decirte: si le ha costado a Gibbs noventa y cinco mil francos—lo acabo de medir y de calcular... —resulta ¡a doscientos cincuenta dollars el centímetro cuadrado! (Patrick se pone en pie como para despedirse.)
(Un Criado por el foro.)
CRIADO.—(A John.) Acaba de llegar el padre del señor.
JOHN.—¿Mi padre? ¿Que ha venido mi padre sin avisarme?
(Entra Timothy.)
PAT.—(Que es el que está más cerca de la puerta.) ¡Querido señor Gibbs! ¿Cómo va? Yo le hacía a usted por su Negraska.
TIM.—¿La Negraska?... Bueno se ha puesto aquello. ¡Si usted supiera!

GER.—Pero, ¿qué sucede? Sugongo que el niño...

TIM.—¿El niño?... ¡si todas las cosas fueran tan bien como el niño!... Está hecho un roble... Le sienta aquello maravillosamente... Pero hijos míos... el carbón... ¡Maldito sea el carbón!...

JOHN —¿El carbón?

TIM.—Sí, hombre. ¿No te has enterado, no has oído hablar de la subida de los carbones?

JOHN.—Claro que sí, pero ¿a usted qué le importa eso?...

TIM.—¿Que si me importa?... Pues hombre tiene gracia... Pero, ¿tú no sabes que yo tengo ahora mismo seis o siete mil bueyes y diez y ocho o veinte mil carneros que necesito enviar por el ferrocarril? Pues bien; por el alza del carbón, la Compañía aumenta de tal modo el precio del transporte, que no los puedo facturar... Y como no tengo con qué mantenerlos... ¡Excuso decirte!... a los demás les sucede lo mismo... Y allí tienes un millón de cabezas de ganado que no se pueden enviar al matadoro... ¡Muertos de hambre los pobres animales!... Todo el país es un clamor. Yo he venido a ver lo que es esto... y a saber si la baja se va a producir...

PAT.—¿La baja?... ¡Calle usted, hombre! ¡Si ha habido hoy un alza enorme!... El carbón está hoy a veinte dollars.

TIM —Pero eso es criminal. ¿Eso es un «trust», verdad? ¿Es un «trust»?

JOHN.—Desde luego.

TIM.—Pues mira... ¡si yo conociera al bandido... que ha hecho eso... (A Patrick.) Porque, no hay duda, es un bandido...

PAT.—¡Y tanto!

TIM.—(A John.) ¡Un canalla!

JOHN.—Sí.

TIM.—¡Hombre, qué gusto me daría romperle la crisma!... Pero no tengáis cuidado, que otros se encargarán de hacerlo... el día menos pensado se sabrá quién es, y ese día no creo yo que se atreva a pasearse por las calles de Nueva York.

JOHN.—Tanto como eso... Me parece que lo exagera usted, padre.

TIM.—¿Que exagero? ¡Si tú oyeras los comentarios de la gente por ahí!... ¡Si vieras la cara que ponen!... ¡Una cara que da miedo!

CIN.—(A Germana.) Será preciso que nos vayamos. Hasta mañana, querida mía. (Se besan.)

TIM.—(A Patrick estrechando su mano.) Ya sabe usted cuánto se le quiere, señor Hutchinson. ¡Siempre con muchas ganas de que hagamos un negocio juntos.

PAT.—(Asustado solo de pensarlo.) ¿Con usted? ¡Que Dios le asista!

TIM.—No; nada de terrenos, ¿eh? Ahora los campos no los vendo; pero si nesita usted frutas... o legumbres... o leche... Le advierto a usted que la leche de la Nebraska es la mejor del mundo. ¡Y si no, que lo diga este!

PAT.—(Saliendo.) Hablaremos, hablaremos.

CIN.—(A John.) No se moleste usted por nosotros.

JOHN.—No faltaba más. Con mucho gusto.

GER.—(Vivamente.) Diga usted, padre. De modo que Donald ¿está tan bien?

TIM —¿Que si está? No lo conocerías hoy. Cuando llegó, sus primos se burlaban de él porque llevaba el pelo largo... y ¡claro! (Acción de «le tomaban el pelo».) El chico fué y se lo contó a su abuela, y la vieja hizo que se lo pelaran al rape.

GER.—¡Qué guapo debe de estar!

TIM.—¡Mucho mejor que antes! Ya no tiene aquella cara de señorita, y en cambio, eso sí, ¡unos colores!

GER.—¡Hijo de mi alma!

TIM.—¿Y jugar? ¡Hay que verlo jugar! Les da treinta y raya a los demás. Da gusto, créeme, da gusto ver cómo vuelve a la vida, cómo resucita la pobre criatura Oye, ¿y tú crees que ese bárbaro me lo dejará otro par de meses?

GER.—Sí, yo creo que sí.

TIM.—Voy a preguntárselo.

GER.—No, ahora, no; espérese, y por Dios, no me deje sola.

TIM.—No te entiendo.

GER.—¡Calle usted! (Al ver salir a John. John por el foro.)

JOHN.—(A su padre.) ¡Bueno ha puesto usted al autor del *trust* ese de los carbones!

TIM.—¿Y a tí qué te importa? ¿Es que sabes quién es?

JOHN.—Ahora ya puedo decírselo a usted... porque muy pronto ha de saberlo todo el mundo... Yo.

TIM.—¿Tú? (John asiente.) ¿Has sido tú?

JOHN.—No se apure usted. Lo que pierda hoy en el negocio de las reses, en otro haré yo que lo gane usted mañana.

TIM.—(Reflexionando, sin salir de su asombro.) Sí... Está bien, gracias. ¿De modo que eres tú?... ¿Y habrás comprometido en eso cantidades enormes?

JOHN.—Casi toda mi fortuna. Pero ¿qué importa, si el beneficio ha de ser colosal?

TIM.—Sí... eso sí.

JOHN.—¿Pero qué?... Sepamos; diga usted lo que piensa.

TIM.—Pues, hijo... francamente... eso de los *trust* me ha parecido siempre una brutalidad. ¡Negocios sin entrañas que condenan a millares de infelices a morirse de frío... y de hambre! (Movimiento de John.) Sí, de hambre, ¡porque, claro que si nosotros no podemos enviaros ni un cordero, la carne se ha de poner por las nubes! (A Germana.) Y si no, pregúntaselo a ésta, que ya tendrá noticias.

GER.—Cuesta doble que hace un mes.

TIM.—No está bien hacer esas cosas. No está bien. Ya sé lo que estás pensando: lo que me dirías si no fuera por el respeto. Me dirías que yo también... ¡Chisss!... ¡Alto! ¡Yo no he hecho nunca *eso!* Yo he podido gastar bromas—bromas pesadas—alguna vez, a unos señores ricos que no se iban a morir del disgusto porque perdiesen unos cuantos miles de dollars. Pero a los pobres ¡no! ¡me faltaría valor para hacerles sufrir! Tú no has sabido nunca lo que es el hambre. Porque tu madre y yo nos lo quitábamos de la boca para vosotros. Tú no sabes lo que es hambre. Yo sí. (Pausa.) Y sobre todo, hijo mío, cuando se tiene la fortuna de que la mujer que le tocó a uno en suerte, sea como la que tú tienes en casa, si no sabe uno qué hacer, se la consulta y se la dice: Germana, ¿ha hecho bien este? (Germana calla.) ¿Apruebas tú eso? (Pausa. A John.) ¡Ya lo has oído! (Por el foro Emma y Sam.) Y si no, que te digan éstos lo que piensan...

JOHN.—No, calle usted.

TIM.—¡Pero si todo el mundo lo ha de saber en seguida! (A los que llegan.) ¿Qué les parece a ustedes el que ha hecho el *trust* del carbón?

EMMA.—¡Es un bandido!

SAM.—¡Un canalla!

TIM.—(A John.) ¿Lo ves?

SAM.—¿Pero usted le conoce?

TIM.—(Señalando a John.) Es este.

EMMA.—¿Usted? ¿Ha sido usted?

SAM.—¿Eres tú... el que nos arruinas?

EMMA.—¡A nosotros! ¡A nuestros hijos!

TIM.—(Indignado.) ¿Cómo?... ¿Que os arruina a *vosotros?*... ¿Este?

GER.—(A Sam en voz baja.) No, Sam. ¡A ustedes, no! Luego le explicaré.

EMMA.—¡Después de lo que Sam ha hecho por usted!

JOHN.—(Fuera de sí.) ¡Bueno, basta! ¡Que me dejéis en paz! Sí, yo he sido. He sido yo el que ha hecho el *trust*... Soy yo el que os arruina. ¿Y qué? ¿Pero vosotros creéis que los hombres como yo están sujetos a la misma moral que vosotros? No, estamos fuera, estamos por encima de la humanidad. Napoleón hizo que murieran millones de hombres, de los cuales muchos eran sus amigos. ¿Vaciló por eso? Y todos le admiramos. Pues bien, yo tampoco vacilé. Y he hecho bien, y la prueba es que dentro de cien años el mundo repetirá con asombro. (Haltón entra bruscamente por el foro.)

HAL.—¡Señor Gibbs! (John se detiene interrumpido por la llegada de Halton.) ¡Graves noticias! ¡Muy graves!... Sucede... (Se detiene mirando a los que le rodean.)

JOHN.—Hable usted: lo saben.

HAL.—He ido a casa de Atkins, como usted me ha dicho: le he preguntado si quería o no a veinte dollars la tonelada, y echándose a reir me ha dicho que ya sabe que es usted el que ha hecho el «trust»; que no necesita de su carbón y que tiene tanto, que si usted quiere puede ofrecérselo a ¡ocho!

JOHN.—¡No tiene carbón; es mentira!

HAL.—Lo tiene. Acaba de enseñarme las consignaciones de más de cien buques. Hoy llegan a Nueva York abarrotados de carbón europeo.

JOHN.—¡Es imposible!... ¡Ha dicho eso para asustarnos! ¡Se burló de usted! Va usted a volver ahora mismo en casa de Atkins con dos letras mías... (Suena el timbre del teléfono en el despacho de John.) ¿Conque se echó a reir? Pues bien; yo le aseguro a usted que le voy a quitar las ganas de reirse para siempre. (Vuelve a sonar el timbre del teléfono.)

HAL.—Llaman al teléfono.

JOHN.—Vaya usted. (Halton se dirige al despacho de John. Este se pone a escribir en una mesita que debe estar foro derecha, frente a la puerta segunda derecha.) «Mi querido Atkins: Se ha burlado usted de mi Agente, y ha hecho usted bien. Halton no sabe lo que se dice si le ha ofrecido el carbón a veinte dollars. ¡Ni a treinta ni a cuarenta, ni a cien se lo venderé yo... Y tenga por seguro...» (Halton entra precipitamente.)

HAL.—Señor Gibbs...

JOHN.—¿Qué hay?

HAL.—Es nuestro Agente de San Francisco... Dice que acaban de llegar catorce buques al puerto y se señalan otros muchos de carbón japonés.

JOHN.—(Precipitándose a su despacho.) ¡Que no quiten la comunicación! (Mutis con Halton.)

GER.—¡No me abandonéis, por Dios!

SAM.—No, Germana.

GER.—Y usted tampoco, padre. Necesito que me defienda usted.

TIM.—¿Defenderte? ¿Por qué?

GER.—(Transformada por el terror.) ¡Era esta riqueza que me ahogaba!(A Emma.) Te lo he dicho cien veces. ¡Que os iba a arruinar, que os iba a hundir en la miseria! ¡A vosotros!

TIM.—Sigue; ¿y qué?

GER.—Lo amenazaban todos los días... a todas horas insultos anónimos... Ahí tenéis un cajón lleno de cartas que no vió él. (De un cajón saca un puñado de cartas y lee.) Cartas brutales en que amenazaban a su hijo. ¡A mi hijo! He querido acabar con todo esto... no importa cómo. Borrarlo .. huir... olvidarlo todo... respirar, en fin. . y por eso lo arruiné.

EMMA.—¿Qué dices?... ¿Arruinado?

TIM.—No es posible.

GER.—¡Sí, sí!... Arruinado, ya os lo digo... ¡No había otro medio!.. Yo he pasado días enteros, muchos días, muchos... Noches enteras, pensando: ¡He hecho bien! ¡Debía hacerlo! Sí. Pero... ahora va volver... Será preciso confesárselo todo... y yo... tengo miedo... mucho miedo... No me podéis dejar sola... ¡No, por Dios! (John vuelve transtornado, loco, por la noticia que acaba de recibir. Le sigue Halton. Se deja caer en un diván que debe haber en segundo término, a la derecha.)

JOHN.—(A Sam.) ¡Ah! ¿Todavía estás aquí? ¿Y usted también, Emma? ¿Es que sabían ustedes...? (Como si viera en este momento a su padre.) Pero, usted... ¿cuándo ha vuelto?

TIM.—Vamos, hijo mío... Animo... ¡Pero si acabamos de hablar ahora mismo!

JOHN.—¡Ah, sí es verdad! Estoy aturdido... ¡Es un golpe!... ¿Cómo ha podido ser esto? ¡Si todo estaba tan bien preparado, todo! ¡Bah! ¡Es preciso ser buen jugador! ¡He jugado... he perdido!... Es igual. . Pero el golpe... Figúrese usted, acaban de recibir buques de todas partes, de Europa, de Asia, de Australia... Y si el precio se confirma, ¡ocho dollars!... Yo, durante dos meses... mis contratos me obligan a pagarlo a quince... Siete dollars de diferencia por tonelada...

¡Y son millones! ¡Toda mi fortuna! ¡Y todos esos barcos que llegan el mismo día, precisamente el día en que debo pagarlo más caro! ¡Esto es lo inconcebible! Porque no puede ser obra de la casualidad... ¡No! Es un golpe preparado... desde hace mucho tiempo... ¡Sí! ¡Desde el primer momento ha habido una traición!... ¡Lo ha dicho alguien!... ¿Quién lo ha dicho?... Sólo conocíamos el proyecto... ¡¡Halton!! (Se dirige a Halton violentamente, pero Sam le detiene.) ¡Quiero saberlo, necesito saber quién ha sido! ¡Halton!

GER.—No ha sido él.

JOHN.—Es verdad... Sí, tú también... Hemos hablado delante de ti... (Cogiéndole la mano a Halton.) Perdóneme usted. (A Germana.) ¿Has sido tú?

SAM.—Luego, John, espera...

EMMA.—Cuando esté usted más tranquilo.

JOHN.—¡Si lo estoy. ¿Has sido tú?

GER.—Sí.

JOHN.—¡Pero si no es posible! ¡No es posible que tú sola hayas tenido esa idea! Alguien te aconsejó...

GER.—Nadie.

JOHN.—¿Y por tu sola voluntad has hecho eso?

GER.—Sí.

JOHN.—¡No te hubiera creído nunca capaz! ¿Cómo has conseguido?...

GER.—Se lo dije a Patrick Hutchinson.

JOHN.—¿Cuándo?

GER.—Hace dos meses, cuando vi que no te podía convencer.

JOHN.—¡Germana! ¿Y es posible que tú hayas hecho eso?

GER.—Oye.

JOHN.—¡No... calla! No hables. Prefiero no oirte. ¿Tú sabes lo que has hecho? ¿Tú sabes que me has arruinado? ¡Y eso, al fin, nada importa! ¡La fortuna! Es lo de menos. Lo que apasiona es precisamente eso, ganarla, perderla, y volverla a conquistar. Yo me he arruinado dos veces, y no me he muerto. No, lo que me humilla es haber sido juguete de una mujer. ¡Tú has querido una cosa... que yo no quería... y lo has logrado! ¡Eso... no... eso... no te lo puedo perdonar! Ya no es posible que vivamos juntos. ¡Es necesario que nos separemos!

EMMA.—No sabe usted lo que dice, John.

SAM.—Germana lo ha hecho por tu bien, por el de tu hijo.

JOHN.—No.

GER.—Sabes muy bien por qué he obrado así, sabes muy bien que no me quedaba otro recurso. ¡Lo que te supliqué, lo que imploré! ¡Es imposible que tengas esa idea! Porque todos me darán la razón; Sam, Emma, tu padre, todos.

JOHN.—No, mi padre no.

GER.—¿Pero no acabas de oir lo que ha dicho?

JOHN.—Es posible que mi padre...

GER —Pregúntaselo. Has tenido siempre una ciega confianza en él.

JOHN.—(Dirigiéndose a su padre.) Hable usted, padre. Sigue usted siendo el jefe de la familia. Sentencie ahora, y lo que usted diga se hará.

TIM.—(A Germana.) Hija mía. Cuando en un matrimonio la mujer se propone ser tanto como el marido, siempre resulta que toma demasiado larga la medida. Tú has creído que obrabas bien, ya lo sé. Pero no basta con el propósito cuando los hechos van más allá de las intenciones. La madre de mis hijos cuantas veces me ha dicho en esta vida... ¡Oh!, es una santa mujer: —«Mira Timothy, no debes hacer eso... porque no está bien...» Pero no trataba de impedírmelo, ¡eso nunca!, y cuando estaba hecho, sin lamentaciones ni protestas, guardaba las ganancias en su bolsa de cuero, contentándose con suspirar diciendo siempre: «Dios lo ha querido.» Así debe ser la verdadera compañera del hombre que es un luchador en la vida.

JOHN.—(A Germana.) Ya lo has oído. Debo separarme de tí.

TIM.—No he dicho eso. Porque si tu mujer no ha tenido razón, menos la tienes tú. Lo que nosotros debemos mirar por encima de todo es el porvenir, es la raza. Tu madre y yo hemos dado a la patria catorce hijos, todos vigorosos, todos fuer-

tes, todos útiles. Tú no le has dado más que uno, y ese no lo has sabido criar, ese lo hubieses perdido también como perdistes a los otros; se hubiera muerto ya si no fuera por tu mujer. No podía vivir en Nueva York. ¡Y eras tú el único que no lo veía! Germana te lo advirtió y tú no la quisiste oir. Luego todo lo que ha hecho ha sido por salvar a su hijo. No solo merece perdón, sino premio; es más que una mujer, es una madre. ¡Abrázala! (John no se mueve.)

GER.—¡Sí, John! Acabas de prometer... (Pausa larga.)

TIM.—Un poco de paciencia, hija mía. Es preciso dejar al vino turbio el tiempo suficiente para que deposite las heces: déjale que deposite su orgullo. Te lo digo yo que lo conozco... Desde hoy te querrá más que antes, porque nosotros admiramos la voluntad, y el tuyo ha sido un acto de voluntad, un acto... americano. Y cuando él esté contigo en mis tierras...

JOHN.—(Irónico.) ¡En sus tierras de usted! ¿A eso quería usted llegar?

TIM.—Claro. No puedes quedarte ya en Nueva York.

SAM.—Ni un solo día.

GER.—¡Sí, John, vámonos! ¡Con tu padre, con Donald que nos espera!

JOHN.—¡Cuánta locura! ¿Pero habéis llegado a creer que podíais manejarme como a un chiquillo? ¿Qué iba yo a dejarme vencer por la desgracia? ¡No! ¡Es aqui donde yo he de reconquistar mi fortuna! ¡Aquí mismo! (En exaltación creciente hasta el final.) ¡¡No!!.. Esperad... Sí... ¡Eso es! ¡Germana!

GER.—(Con ansiedad.) ¡Qué!

JOHN.—(Con la mayor vehemencia.) ¡Tú le acabas de prestar un servicio inmenso a Patrick! ¡No puede negarte otro que nada le cuesta! ¿Verdad que no?

GER.—Me lo ha prometido.

JOHN.—Bien. (Llama el timbre.) ¡Entonces, entonces hecho! ¡Está hecho! (Al criado que sale foro.) ¡Los tres automóviles ahora mismo! Que dispongan el de camino para la señora y para mí. Halton, viene usted con nosotros. Le necesito a usted; antes de media hora aquí.

HAL.—Está bien... ¿Puedo saber a dónde vamos?

JOHN.—Usted sí. A la Nebraska. ¿No adivina usted para qué?

HAL.—No señor.

TIM.—Oye. Ni yo tampoco.

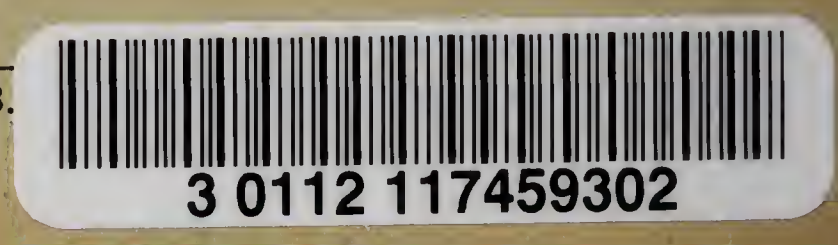
JOHN.—¿Pero no habéis visto aun que podemos hacer allí una jugada soberbia, colosal, más grande aun que la otra?

TIM.—¿Pero... sobre qué?

JOHN.—Pues, hombre, sobre la baja de los carbones. Tú, Germana, en uno de esos autos, vas a ver a Patrick; consigues de él que guarden secreta la baja del carbón hasta que yo les envíe un telegrama dentro de dos días. ¿Lo has comprendido bien? Usted, Halton, se va a la Dirección de los ferrocarriles del Oeste y contrata todos los vagones que haya disponibles en las tres líneas, que serán millares, porque los trenes ya sabe usted que no circulan. (A su padre.) Y nosotros sin descansar un minuto en el camino mañana estamos en la Nebraska... ¿sabe usted para qué? Para comprar todo el ganado que haya en la región... ¡imagínese usted a que precio! Por lo que se nos antoje ofrecer, puesto que los animales se están muriendo de hambre. Hecho esto lo antes posible, envío el telegrama a Hutchinson; la baja estalla, los precios de transporte disminuyen; tenemos a nuestra disposición vagones de sobra para enviar las reses a Nueva York, a San Luis, a Boston, a todas partes, y como el precio de la carne ha duplicado, realizamos un beneficio enorme, una ganancia fabulosa, un negocio de oro. (A Germana, cogiéndole las manos.) Y una vez más, Germana, como tanta otras, ya lo ves: ¡he vencido a la suerte!

HAL.—(A Timothy.) ¡Es una voluntad indomable! ¡Es un hombre de genio!

TIM.—(Que se quedó cabizbajo.) Sí... pero me parece que he hecho yo una barbaridad con decirle que viniera a la Nebraska. Porque allí... nos linchan... ¡Este no sabe como somos en el Oeste!

TELÓN

PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.